
LAS ESTRELLAS AMENAZAN
VAN S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Ibañez

CAPITULO PRIMERO.

Con la lentitud majestuosa, característica de los cohetes de su tipo y peso, el gigantesco "Saturno" empezó a elevarse sobre un chorro de llamas, teniendo por base una nube de espeso humo.

Bajo el haz de los reflectores que desde todos puntos convergían sobre el "Saturno", se veía el chorro de las mangueras apuntadas contra la plancha de acero del pie de la torre. Luego, el arco líquido de las mangueras y la nube de humo desaparecieron del campo visual de la pantalla de televisión, al seguir la cámara la marcha ascensional del cohete que se elevaba rugiendo sobre la columna de fuego. Desde el rincón de la casamata de acero y cemento donde quince minutos antes entró con el general Buckeye.

Billy Arnold miró en torno a los hombres que sudorosos, en mangas de camisa, permanecían inmóviles con la mirada ansiosa fija en los instrumentos que registraban cada vibración, cada anomalía o cada titubeo que pudiera producirse en el complicado mecanismo del artefacto que partía bramando hacia el espacio.

En la pantalla de televisión, el "Saturno" iba empequeñeciéndose con rapidez. Cada fase del disparo del proyectil había sido explicado de antemano a Arnold, el cual se encontraba allí en calidad de representante de "Herald" de Nueva York, como invitado.

En el cielo nocturno de Florida, a muchas millas de altura sobre la base de pruebas de Cabo Cañaveral, la larga cola de fuego del cohete fue visible durante unos cortos segundos. El "Saturno", a medida que aceleraba, se alejaba con mayor rapidez al mismo tiempo que se inclinaba ligeramente en su trayectoria.

Dos segundos después, hasta la brillante cola de fuego del "Saturno" había dejado de verse. Ahora, los ojos del general Buckeye se clavaron con insistencia en las espaldas del operador de radar. Sobre el panel de instrumentos, un enorme segundero se movía incesantemente con ligeras y rápidas sacudidas.

Una voz tranquila anunció:

—Atención a la segunda fase.

El cohete de tres pisos, agotada en cortos segundos la carga de combustible de su primera sección, iba a desprenderse de este peso inútil para continuar su ascenso con los motores y los depósitos de la segunda sección.

—La primera sección se ha desprendido —anunció el operador de radar.

—Bien el encendido de la segunda sección —dijo otra voz tranquilizadora.

El "Saturno", fuera ya de la vista humana, aunque bajo control de los delicados instrumentos electrónicos, seguía elevándose en el aire a velocidad creciente. Pronto, quemado el carburante de la sección segunda, se desprendería ésta de la primera, que continuaría su marcha ascendente hasta situar el proyectil fuera del campo de atracción terrestre.

Este era el más ambicioso proyecto que los hombres habían realizado hasta ahora en su afán por colocar un hombre en la superficie lunar.

El "Saturno", si todo ocurría como se esperaba, daría una vuelta completa a la Luna y regresaría a la Tierra planeando sobre sus cortas y retraídas alas, siendo recuperado en el mar. Ningún ser humano tripulaba la cabina del primer cuerpo del cohete. Si esta prueba acababa con éxito, un segundo vuelo sin piloto llevaría al "Saturno" a realizar un tranquilo alunizaje en el aterido satélite, seguido de despegue y regreso a la Tierra.

En el tercer viaje, por último, un astronauta tripularía el cohete. Y ésta sería la primera vez que un ser humano pusiera su planta en la Luna.

—¡Cohete fuera de control! —anunció de pronto una voz aguda. Y una corriente de exasperada decepción circuló a través de la habitación plasmándose en el rostro de los hombres.

Arnold volvió sus ojos hacia el general Buckeye.

—¿Todo perdido?

Buckeye levantó sus robustos hombros en un gesto de resignada paciencia.

—¿Qué se le va a hacer? Ahora los técnicos tratarán de destruir el cohete en el aire. Acaba de asistir usted a uno de los centenares de fracasos en este intento de colocar un proyectil alrededor de la Luna. Esta es nuestra labor. Probar, perfeccionar, volver a probar...

Buckeye abandonó bruscamente a Billy para acercarse al hombre que en mangas de camisa se hallaba inclinado sobre el cristal deslustrado de la pantalla del radar.

—¿Lo ve usted todavía, Coward?

—En este momento acaba de desaparecer tras la línea del horizonte... ¡No, espere, caramba! ¿Qué ocurre ahora?

La agitada voz del operador de radar había vuelto sobre éste la atención de casi todos los hombres que se encontraban en la cámara. Coward anunció agudamente:

—¡El cohete ha dado media vuelta y viene sobre nosotros!

—¿Cómo? —gritó el general.

Alben Grun, a cuyo cargo corría la totalidad de la prueba,

corrió también hasta el operador de radar y echó un solo vistazo a la pantalla diciendo:

—Destruya el cohete, Austen.

El operador oprimió el botón correspondiente en su tablero de mandos. De marchar las cosas bien, un impulso eléctrico mandado por radio debería provocar en este instante la destrucción del "Saturno".

Austen anunció:

—Ya está.

—¿Cómo que ya está? —gritó el general Buckeye mirando a la pantalla por encima del operador de radar —. ¡El cohete sigue acercándose!

—Alguna desconexión debió afectar al mecanismo de autodestrucción —dijo Grun.

El hombre que, a distancia mandaba la cámara de televisión desde su mesa, anunció:

—¡Ahí llega! Viene planeando... a poca velocidad. ¡Va a pasar por encima del campo de experimentación!

Todos los ojos se volvieron hacia la pantalla de televisión. El operador de televisión acababa de anunciar que el proyectil se acercaba planeando a poca velocidad. A Billy Arnold le pareció, por lo contrario, que el "Saturno" escapado de control venía sobre el campo a una marcha tremenda.

En la pantalla acababa de aparecer un objeto que se agrandaba por fracciones de segundo, demasiado aprisa para ser apreciado en sus detalles. Un segundo después se escuchó un fragor parecido al paso de un tren expreso sobre un viaducto metálico. El piso de la casamata tembló. Vibraron las paredes de hormigón y cayeron algunos objetos y aparatos de medida de los clavos en que estaban colgados...

Un largo y aterrador aullido llenó la cámara haciendo poner de punta los cabellos del inexperto Arnold.

La imagen borrosa había salido del marco de la pantalla televisora. Aquel prolongado silbido se alejó, y los hombres se miraron unos a otros, pálidos y como esperando.

Billy comprendió de pronto que estaban esperando la explosión final del cohete con su carga, todavía considerable, de muchas toneladas de combustible altamente inflamable que se esparciría sembrando la destrucción y la muerte allí donde el indócil artefacto hiciera blanco contra el suelo...

No hubo explosión.

Transcurrido un plazo prudencial, los técnicos volvieron a mirarse, esta vez con incredulidad y asombro: Buckeye fue quien reaccionó primero, se lanzó corriendo hacia la puerta de acero, seguido de Billy Arnold, de Alben Grun y unos cuantos más formando precipitado grupo.

Lo primero que Arnold advirtió fue que las luces del campo experimental se habían apagado todas. La Luna, en su pleno, bañaba no obstante, con su blanca y espectral claridad una escena de confusión y desorden. Los hombres corrían de un lado a otro. Una sirena dejó escuchar su ululante y estridente voz. En un extremo del campo brillaba un incendio. Y más lejos, sobre la laguna que separaba Cabo Cañaveral de tierra firme, en dirección a Titusville, iba tomando incremento el rojo fulgor de otro incendio más importante.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Buckeye con enronquecida voz —. Espero que el cohete no haya ido a caer sobre la ciudad.

La posibilidad de que se hubiera producido una catástrofe de tal magnitud dejó mudos y como clavados a los hombres.

Alben Grun dijo:

—No se ha escuchado ninguna explosión. Verdaderamente, no puedo comprender cómo ha sucedido esto.

Un automóvil "jeep" venía zumbando por la pista y con escalofriante chirrido frenó ante el grupo de técnicos.

— ¿Qué ha ocurrido, Paige? —preguntó Buckeye reconociendo al hombre que se sentaba ante el volante del auto.

Paige contestó:

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Ese maldito artefacto vino como un obús sobre el campo barriéndolo todo con su onda de choque. Pasó metiendo un ruido infernal y desapareció en dirección a tierra. Mientras se alejaba arrancó el techo del hangar grande, derribó un par de torres y quebró todos los postes del alumbrado. Ándense con cuidado, el piso está lleno de cables eléctricos. Hay cortocircuitos por todas partes, y uno de ellos parece ser que provocó un incendio en los depósitos de petróleo del parque de automóviles.

—¿Captó usted la explosión? —interrogó Grun.

—¿Qué explosión? —repuso Paige acelerando y metiendo la primera velocidad —. No sé que hubiera ninguna.

—¡Espere! —gritó Buckeye cuando el conductor soltaba el pedal del embrague. El coche se detuvo. Dijo Buckeye volviéndose hacia Alben Grun —: Voy a tratar de conseguir un helicóptero para volar sobre la zona siniestrada. Mientras tanto, puede ir pensando en las excusas de orden técnico que daremos a Washington cuando tratemos de explicar lo ocurrido. Los dos vamos a necesitarlas.

—Si me lo permite, iré con usted, General —repuso Grun —. La mejor de las excusas que encontremos no podrá remediar el accidente, pero algo se habrá hecho si conseguimos poner a salvo siquiera sea una sola vida. Hay todavía peligro de que el proyectil explote... ¡y, por Dios, sería catastrófico si esto llegara a ocurrir dentro de la misma ciudad!

Buckeye miró a Grun, y su ceño se desfrunció.

—Está bien —dijo —. Vamos allá.

Buckeye ya había ocupado el asiento posterior del "jeep", disponiéndose Grun a acomodarse en el contiguo al del conductor, cuando Billy Arnold echó una de sus largas piernas sobre la carrocería del automóvil y se posesionó de la parte de banqueta que quedaba al lado del general.

Buckeye le miró arrugando el ceño.

Dijo Arnold:

—¿No le importará que les acompañe, verdad?

El auto arrancó bruscamente, guardando" Buckeye sombrío silencio que Arnold interpretó como de aquiescencia.

.

* * *.

.

El helicóptero, al elevarse rugiendo por encima de las dunas de Cabo Cañaveral, iba ofreciendo a sus tripulantes una amplia perspectiva sobre la laguna, la isla de Orsino y la ciudad de Titusville.

En las tranquilas aguas del Indian River, el rojo resplandor de los incendios hacía parecer la laguna de púrpura sangriento.

Al ganar altura y acercarse a Titusville, los pasajeros del helicóptero pudieron comprobar la certeza de sus temores. Había fuego en la ciudad y, a través de ésta, una larga línea de llamas se prolongaba en la distancia cruzando una extensa comarca de bosques y granjas de labor. Una gigantesca manguera que desde un avión en vuelo hubiera dibujado una línea recta de petróleo ardiente, hubiese producido un efecto semejante al que se ofrecía a los sorprendidos ojos de los aviadores.

Al iniciarse el vuelo, el atronador ruido de los motores había ensordecido a Billy Arnold. Pero acostumbrándose pronto a este ruido, le fue posible entender a Buckeye cuando éste dijo a gritos:

—El combustible del cohete debió derramarse sobre el suelo mientras planeaba antes de estrellarse. ¿Qué dice usted, Grun? ¿Pudo ser ésa la causa de que el artefacto no explotase al dar contra tierra?

—No —repuso Grun moviendo enérgicamente la cabeza —. Al menos es muy remota la posibilidad de que ocurriera así. No. No puedo comprenderlo.

—Siga ese rastro de fuego —dijo Buckeye al piloto señalando con el brazo extendido.

El aparato pasó rugiendo sobre la ciudad. A través de las ventanillas, Arnold pudo ver fugazmente algunos edificios derruidos, tal como si un tifón hubiese pasado por allí arrancando tejados y aspirando edificios que luego dejaría caer para que se estrellaran contra el suelo.

Después de Titusville, todo un bosque ardía, viéndose árboles

derribados y ramas desgajadas que en la turbulencia de aire producida por el paso del cohete debieron ser elevados primero y esparcidos después en un amplio sector. Más allá, una granja que se encontraba en mitad de la ruta del proyectil ardía por sus cuatro costados.

El rastro ardiente continuaba, cortando en perpendicular una carretera. Fuera de ésta, un camión volcado echaba llamas y humo en mitad de un prado. A babor quedó Southmere, tranquilo y sin daños al parecer, en contraste con el caos que Arnold había podido apreciar en las calles del cercano Titusville. Por encima del largo reguero de llamas, Billy alcanzó a ver alta y blanca columna de vapor.

—¡Allí está el cohete! —exclamó Billy —. Esa nube de vapor debe ser el oxígeno líquido que escapa de sus depósitos.

Arnold, en efecto, había visto cómo escapaban blancas nubes de vapor del cono del "Saturno" momentos antes de ser disparado al espacio. Le habían dicho que aquello era oxígeno líquido, y creyó de buena fe que también lo era la alta columna blanca hacia la cual volaba veloz el helicóptero.

Pero por la rápida mirada de soslayo que Alben Grun le dirigió, Billy comprendió que acababa de decir una tontería, por lo cual se propuso no volver a mediar en asunto que oliera remotamente a tema científico, bien fuera astronómico o simplemente de alta mecánica espacial.

Volando en pos del rastro de fuego, el helicóptero sobrevoló una zona cubierta de bosque que ardía con altas y encrespadas llamas. Allí, un combate con lanzallamas parecía haberse librado sobre un prado que iba en suave pendiente hacia un lago.

Era precisamente del lago de donde se elevaba aquella gran nube de vapor.

Alben señaló al piloto una granja que milagrosamente parecía haber salido ilesa a un lado del largo reguero de fuego. Al rojo fulgor del incendio pudieron ver un par de jinetes que arreaban un rebaño de aterradas terneras. Contiguo a la granja ardía un granero, que un par de personas trataban inútilmente de apagar combatiendo las rugientes llamas con cubos de agua que sacaban de un abrevadero próximo.

El helicóptero, al cernerse rugiendo sobre la granja, aplanó las altas llamas del granero y acabó por dispersar el ganado que los jinetes penosamente se esforzaban por mantener reunido.

Apenas el aparato hubo tocado el suelo y Buckeye había saltado a tierra seguido de Billy Arnold, cuando uno de los caballistas se acercó al galope y frenó su montura con gran alarde de dominio sobre la aterrada cabalgadura.

— ¡Oigan! ¿Se han vuelto locos? —gritó el jinete. Y por la voz, ya que el caballista vestía ropas de muchacho, Arnold reconoció una mujer —. ¡Saquen ese maldito aparato de aquí!

—Soy el general Buckeye, del Campo de Pruebas de Cabo Cañaveral —dijo Buckeye, molesto del tono autoritario de la muchacha.

—De Cabo Cañaveral, ¿eh? —repuso la muchacha dominando con mano firme su inquieta montura —. Seguro que fue uno de sus chismes lo que provocó toda esta barahúnda. ¿Es que se han propuesto matarnos a todos? ¿Y qué hay de los daños que nos han causado en la granja? ¿Y las vacas que atropello su maldito artefacto y perecieron abrasadas vivas?

—Si han sufrido daños, el gobierno les indemnizará por sus pérdidas —dijo Buckeye.

—Vamos, eso ya es otra cosa.

La muchacha volvió grupas y se alejó al galope en dirección a la granja.

Alben Grun estaba ya en tierra junto a Buckeye, mirando en torno con ojos sorprendidos. El helicóptero paró sus motores, y en el súbito silencio que siguió se escuchó el crepitar del fuego en el próximo granero y en las manchas de metal en fusión desparramadas por el suelo.

Dijo Buckeye:

—La carrera de nuestro cohete debió terminar aquí. Vea la zanja que abrió al deslizarse resbalando por el suelo hasta zambullirse en el lago.

Sin pronunciar palabra, Grun se acercó al fuego que en una larga línea marcaba el paso del artefacto desde el bosque que ardía lejos a la misma orilla del lago. En efecto, el cohete alado había abierto una zanja bastante profunda, amontonando la tierra a ambos lados, mientras, al parecer, resbalaba por la pendiente hacia el lago.

En el fondo y los lados de esta larga excavación ardía una masa en estado semisólido, tal como el metal recién salido de un crisol.

Grun levantó la nariz olfateando el aire. Billy lo hizo también, percibiendo un extraño olor mezcla de carne asada y metal achicharrado. Al mismo tiempo escuchó un apagado ruido, como de un líquido hirviendo en un recipiente.

Grun echó a andar hacia el lago, siendo seguido de Buckeye y el intrigado Arnold.

El lago, que parecía bastante extenso, estaba en parte iluminado por el resplandor del bosque en llamas. A unos 50 metros de la orilla, el agua parecía hervir en grandes burbujas arrojando al espacio espesas nubes de vapor.

Alben Grun avanzó hasta que sus zapatos se mojaron en las ondas que lamían la playa. Se inclinó y tocó el agua con la mano.

Aunque sin saber ciertamente qué esperaba con ello, Arnold avanzó también por la playa y hundió la mano en el agua.

—¡Está caliente! —exclamó incorporándose.

Desde el borde del agua, Grun se volvió a mirar al general Buckeye que estaba detrás, quien le preguntó:

—¿Cree que nuestro "Saturno", en estado de fusión con el roce de la atmósfera a una velocidad supersónica, pudo ser la causa de esa elevación de la temperatura del agua?

—Increíble, ¿no es cierto? —fue la enigmática respuesta del experto en cohetes.

Un hombre venía por el prado hacia el lago con una linterna eléctrica en la mano. Era el piloto del helicóptero. El aviador se acercó a Buckeye tendiéndole un papel que parecía la hoja arrancada de un bloc.

—Enviaron este radio desde Cabo Cañaveral —dijo el piloto.

Buckeye tomó el papel, haciendo seña al aviador para que le alumbrara con la linterna. Buckeye leyó para sí el mensaje y levantó sus ojos sorprendidos hasta el rostro de Grun.

—Escuche esto, profesor. Es un comunicado trasmitido por radio desde uno de nuestros buques de observación en alta mar. El cohete "Saturno" fue destruido en el aire a trescientos kilómetros de la costa a las dos y diecisiete minutos, y sus restos fueron vistos mientras caían ardiendo al mar. Naturalmente, debe tratarse de una equivocación...

Alben Grun movió su calva cabeza negando.

—No hubo error en la observación de nuestro buque, Buckeye. No. En absoluto. Nuestro cohete "Saturno" debió ser destruido en el aire en el mismo instante que Austen oprimió el botón deflagrador.

—¡Esto es imposible! Sabemos que el "Saturno" está aquí, en el, fondo del lago, y no hecho pedazos sobre alta mar.

—¿Lo sabemos, general? ¿Cómo lo sabemos? —interrogó Grun —. El paso de ese cuerpo extraño sobre el campo de experimentación fue demasiado rápido y breve para que pudiéramos determinar su forma y naturaleza. Luego, hay indicios de que ese cuerpo era más pesado y probablemente de mayor tamaño que nuestro cohete "Saturno". ¿Sabe qué son esas manchas de fuego que arden en el prado?

—Creí que serían charcos de combustible desparramado de nuestro cohete.

—Es puro y simple metal en fusión, general. El roce con la atmósfera, debido a la alta velocidad y probablemente a un recorrido muy largo, hicieron que la materia de que está hecho ese cuerpo extraño se recalentara de tal modo, que prácticamente se estaba deshaciendo como una bola de mantequilla cuando resbaló por ese prado y fue a zambullirse en el lago.

—¿Quiere decir que lo que tomamos por nuestro "Saturno" era

ni más ni menos que un meteorito gigante? —inquirió Buckeye sorprendido.

Alben Grun guardó un minuto de silencio antes de contestar:

—Ponga conferencia telefónica con Washington y cuente lo ocurrido, Buckeye. Creo que eso es lo mejor que puede hacer.

—Naturalmente, se refiere al fracaso del lanzamiento del "Saturno". ¿No es eso?

—Y a la caída de ese meteorito también.

—¿Por qué "también"?

—Porque cabe dentro de lo posible que no se trate de un meteorito, general. Un meteorito es un cuerpo muerto... ¿Alguien ha visto nunca un meteorito planear como un aeroplano?

—Grun, ¿qué está pensando exactamente? —interrogó Buckeye.

—Pienso en un meteorito con alas.

—¿Una máquina? —Sí.

—¿Una máquina de procedencia extraterrestre?

—Yo no me atrevería a decir tanto. De todos modos es una máquina, de esto estoy completamente seguro. Telefonee a Washington. Es lo mejor...

.

CAPITULO II.

.

Cuando volvían hacia el helicóptero, la joven que antes los había interpelado les salió al paso acompañada de un muchacho de sudoroso, musculoso y desnudo torso, el cual dijo exprimiendo una chorreante camisa ante el general Buckeye:

—¿Es cierto eso de que el gobierno nos indemnizará por los daños causados por su artefacto?

—Eso es lo que dije —repuso Buckeye, añadiendo —: Siempre, desde luego, que pueda demostrarse que los daños fueron producidos por un artefacto escapado a nuestro control.

La respuesta implicaba una sutil evasiva que ninguno de los dos muchachos pudo comprender, simplemente porque creían de buena fe que el artefacto que allí aterrizó violentamente procedía del campo experimental de Cabo Cañaveral y llevaba las siglas de las fuerzas armadas de los Estados Unidos.

Dijo el profesor Grun:

—¿Podrían describirnos exactamente la toma de tierra de ese artefacto? ¿Lo vio alguno de ustedes en el momento de ir a zambullirse en el lago?

—Bueno, dejen que me presente en primer lugar —dijo el muchacho. Este era pelirrojo, de estatura más bien pronto baja, con anchas y fuertes espaldas —. Yo soy Peter Hobbs, y ésta es mi

hermana Hilda. Vivimos en la granja con nuestros padres... No, no creo que ninguno de nosotros presenciara la llegada del artefacto a tierra. Yo estaba durmiendo tranquilamente cuando me despertó un estruendo formidable. La casa tembló toda como sacudida por un terremoto... Salté de la cama. En ese instante vi una cosa enorme envuelta en llamas que se deslizaba por el suelo en dirección al lago. Cuando aquello se zambulló en el agua se escuchó un chirrido... como de algo caliente al ser enfriado de repente en agua fría. ¿Fue así, Hilda?

—Eso fue exactamente lo que yo oí —dijo la chica. Ella era deliciosamente rubia, de grandes y rasgados ojos azules, con una naricilla ligeramente respingona y la frente ancha, diáfana e inteligente. Era en realidad más alta que su hermano y debía tener algunos años más, no menos de veinte ni probablemente más de veinticinco.

—¿Tienen ustedes teléfono? —preguntó Buckeye.

—No, pero tenemos un automóvil si quieren que les lleve hasta Sanford o Titusville. Allí encontrarán teléfono y también telégrafo.

—Gracias, tenemos aquí nuestro helicóptero. Vamos a regresar a la Base, profesor. Telefonearemos desde allí.

Buckeye se alejó haciendo un ademán, seguido de Grun y del piloto, que dio una carrerilla para anticipársele y llegar antes al aparato. Billy se quedó junto a los hermanos Hobbs.

—Si me lo ofrecen a mí, aceptaré con mucho gusto ese automóvil que rechazó el general Buckeye —dijo Arnold, apresurándose a presentarse —: Soy Billy Arnold, reportero enviado especial del "Herald" de Nueva York.

—¿Un periodista, eh? —murmuró Peter Hobbs —. ¿A que acabamos apareciendo en los periódicos?

—Probablemente no habrá modo humano de evitarlo — confirmó Billy sabiendo que aquello alegraría al joven Hobbs —. Antes que el sol salga de nuevo habrá aquí una legión de periodistas haciendo un millón de preguntas. Bien ¿qué hay de ese automóvil?

—Si piensa volver aquí, puede conducirlo usted mismo. Sólo le cobraré un dólar por hora mientras lo utilice, corriendo de su cuenta el gasto de gasolina.

—Trato hecho —dijo Billy sacando un billete del bolsillo —. Aquí tiene cien dólares a cuenta por cien horas de uso de su coche en exclusiva. Voy a ir hasta Sanford para poner un telegrama y regreso enseguida. ¿Dónde está ese auto?

Poco después, rodando por la carretera de Sanford. Billy veía la manecilla del velocímetro oscilar alrededor de las 80 millas por hora. La carretera no era de primer orden, pero ofreciendo al menos largos tramos en línea recta, permitió a Billy ocupar parte de su atención en

la redacción del largo telegrama que enviaría a Nueva York.

Billy, en su imaginación, veía la primera plana del "New York Herald" encabezada con un enorme interrogante: "¿NOS VISITAN SERES DE OTRO MUNDO?"

Esto sería por sí sólo bastante llamativo. "La respuesta podemos tenerla hoy mismo en el fondo del lago Harney, en Florida". Y un subtítulo todavía podría añadir:

"EXTRAÑOS, INEXPLICABLES ACONTECIMIENTOS DURANTE EL DISPARO DE UN COHETE "SATURNO" EN CABO CAÑAVERAL".

Dándose prisa, el telegrama podría llegar a tiempo de alcanzar la primera edición de la mañana. Esto era importante, porque pronto el asolador paso del desconocido artefacto sobre Titusville sería comunicado por otros periodistas locales a las agencias de noticias. Pero sólo el "Herald" tenía un redactor destacado en el lugar de los sucesos, al menos por el momento. Y esta pequeña ventaja era la que Billy tenía que aprovechar.

Dieciséis millas de carretera condujeron finalmente a Billy hasta la oficina de telégrafos de Sanford. Billy expidió un telegrama de doscientas palabras con pago a cargo del destinatario, confiando en la fértil imaginación del redactor jefe para "hinchar" la noticia hasta darle la forma de un reportaje completo.

Inmediatamente, Billy llevó el auto hasta una estación de gasolina, llenando el depósito y reemprendiendo el regreso al lago Harney.

La orilla del lago, allí donde el meteorito o la máquina interplanetaria se había precipitado al agua, ofrecía un aspecto menos siniestro a la lechosa claridad del día que se anunciaba.

Desde las granjas vecinas, al parecer, había acudido gente que atajó y logró extinguir el incendio del bosque. Muchos hombres se movían por allí, viéndose también algunos automóviles y camionetas rurales alrededor de la granja.

Los vecinos de los Hobbs andaban por todas partes examinando ciertas manchas irregulares, más oscuras que el suelo, que humeaban aquí y allá formando una línea recta que descendía por la suave pendiente del prado hasta la orilla del lago. La zanja que el artefacto excavó mientras se arrastraba por el suelo tenía dos metros de profundidad por cuatro o cinco de anchura. Y de ella salían también acres fumarolas que llenaban el aire de un olor fuerte a metal achicharrado.

Un pequeño grupo de hombres comprobaban la temperatura del agua del lago, comentando excitadamente el hecho increíble de que apareciese tibia.

Ya no salía vapor del lago, y allí donde el misterioso, desconocido artefacto se había hundido, las burbujas habían sido

sustituidas por un afloramiento que parecía indicar la presencia de una corriente ascensional de agua caliente desde el fondo a la superficie del lago.

Se veía por último como media docena de vacas muertas desparramadas por el prado, achicharradas todas ellas, y a los Hobbs departiendo animadamente con algunos vecinos llegados a última hora.

James Hobbs, un granjero de baja estatura, rechoncho y fuerte, saludó a Billy con un ademán.

—Usted debe ser el periodista que se llevó nuestro coche.

—Sí.

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió? ¿Hay uno de esos satélites que lanzan desde Cabo Cañaveral en el fondo del lago?

Billy Arnold esperó un poco antes de contestar. El grupo iba engrosando con la llegada de los hombres que andaban desparramados por allí, siendo Billy el centro de la expectante curiosidad de aquella gente sencilla y poco versada en satélites artificiales, pese a la proximidad del campo de pruebas donde la mayoría de éstos habían sido puestos en órbita.

—Pues miren —dijo Arnold dando a sus palabras el dramático énfasis que la circunstancia requería —. En realidad no sabemos lo que hay en el fondo del lago. No es un cohete americano, de eso estamos seguros. Pero pudiera ser un cohete de procedencia extranjera, o un meteorito... o tal vez algo más difícil de imaginar. Por ejemplo, una máquina de origen extraterrestre.

—¿Quiere decir un aparato de fuera de la Tierra... un platillo volante, tal vez? —interrogó James Hobbs con expresión incrédula.

—Un platillo volante. Bueno ¿por qué no? —repuso Billy con aires de suficiencia, como quien está al cabo de grande e inconfesable misterio que reserva para sí.

Los campesinos se miraron unos a otros. Luego, como de consuno, los ojos se volvieron hacia el lago.

Dijo un hombre:

—Dígame una cosa, joven. Este platillo volante... ¿estará tripulado por alguien, verdad?

—¡Por Dios! —protestó Billy riendo —. Ni siquiera estamos seguros que sea un platillo volante. ¿Cómo quiere que sepamos si viene alguien dentro de él?

—Yo me voy para casa —anunció uno de los más viejos granjeros del grupo.

—¿Tienes miedo, Walker, o sólo te inspira preocupación lo que pueda salir del lago? —dijo otro hombre riendo. Y reía nerviosamente.

—Puedes tomarlo a chanza, Goodwin. Yo, por lo que pueda ocurrir, tendré mi escopeta a mano. Soy viejo y he vivido mucho. No

me inspira temor lo que conozco, sino lo que está por conocer. Haced vosotros lo que queráis.

El viejo Walker se separó del grupo, quedando los hombres que lo integraban silenciosos y preocupados.

—Bueno —dijo uno como disculpándose —. Aquí está todo visto, y en la granja queda mucho por hacer. Hasta luego.

Algunos otros se marcharon también en busca de sus autos, quedando muy reducido el grupo de curiosos. Hilda Hobbs, que se había puesto un delantal sobre su overol azul de faena, asomó al pórtico de la casa y golpeó con un hierro el aro de una llanta de automóvil que colgaba de una cuerda.

—¡El desayuno está en la mesa!

James Hobbs miró en rededor como contando las cabezas de los amigos y vecinos que estaban con él. Luego gruñó:

—Vengan los que quieran — tomar una taza de café caliente.

Billy, que sentía la boca amarga y reseca, fue de los primeros en ofrecerse voluntario para el café. En total, una docena de hombres invadieron la cocina donde Hilda freía un par de huevos ante el fogón.

En la caldeada atmósfera de la cocina, entre el aroma del café y el tocino frito, los hombres reanudaron el comentario extendiéndose en fantasías sobre el misterio que pudiera guardar el lago. Hilda Hobbs por vez primera oyó hablar de la posible existencia de un platillo volante.

—¡Bah, tonterías! —exclamó despectiva —. No existen los platillos volantes. Los periódicos crearon esa fantasía para aumentar el número de sus ventas. Y debió irles bien el negocio, porque no desaprovechan ocasión de atribuir a origen extraterrestre la más pequeña cosa inexplicable que ocurra en el cielo o en la tierra. Dijo Billy resentido:

—¿Así, usted no cree siquiera en la posibilidad de que existan seres en otros mundos?

—Simplemente, no creo en esa fábula de los platillos volantes. Y usted tampoco cree en ellos, estoy segura.

Arnold se sintió enrojecer bajo la escrutadora mirada de las azules pupilas de la chica. Billy, en conciencia, no podía decir que creyese en los platillos volantes. Estimaba remota, casi absurda, la posibilidad de que hubiese uno de ellos en el fondo del lago, y nunca se había preguntado siquiera si existirían seres inteligentes en otros planetas.

Billy, en cambio, creía en las oportunidades. Todo el mundo las tenía, al menos una vez en la vida. Y ésta era su gran oportunidad, y no la dejaría desaprovechar.

Dijo de pronto uno de los hombres mirando a través de la ventana de la cocina:

—¿Han visto la niebla que se está levantando del lago? En el sobreexcitado ánimo de los presentes, cualquier pequeño fenómeno que procediese del lago, podía adquirir las proporciones de algo sobrenatural.

Todos fueron a amontonarse ante la ventana.

Billy se acercó también y gracias a su mayor estatura pudo mirar por encima de las cabezas de los granjeros.

El alba gris cedía su vez a una claridad rosada, reflejo de las nubes que anunciaban la inminencia de la aparición del sol. Las aguas del lago, ahora tranquilas, aparecían por contraste de un gris plateado, dando la sensación de pesadez de un charco de mercurio.

Efectivamente, correspondiendo a la certera observación del hombre que lo vio primero, se estaba extendiendo sobre el lago una tenue neblina que se arrastraba en mansas volutas sobre la tersa superficie del agua. El lago, por decirlo así, humeaba de una a otra orilla.

La niebla empezó a espesar con rapidez.

—James ¿qué te parece eso? —preguntó a Hobbs uno de sus amigos.

—Lo veremos mejor desde fuera —repuso Hoobs abandonando la cocina.

Todos los hombres siguieron al granjero, quedando Billy a solas con la señorita Hilda Hobbs.

Dijo ella mirándole con malicia:

—¿No sale también a observar esa niebla misteriosa, de probable origen extraterrestre?

—Sinceramente —repuso Arnold levantando en una mano su humeante taza de café —. ¿Cree que pueda haber algo de fantástico en la naturaleza de esa niebla?

—Siempre se levanta la niebla del lago al amanecer, si no hay brisa del mar. Con más motivo debe haberla hoy, estando el agua templada.

—Usted es una chica inteligente —observó Arnold —. ¿Qué hace pudriéndose aquí en este apartado agujero del planeta?

—Esta es mi casa.

—¿Se siente feliz aquí?

—Hubo un tiempo en que la casa, el ganado, los amigos y los vecinos me parecían odiosos, horribles y vulgares. Ahora ya pasó todo. Me consuelo pensando que en Nueva York, en San Francisco y otras maravillosas ciudades, debe haber también chicas que sienten dentro de ellas la necesidad de escapar al sórdido ambiente en que nacieron, y que probablemente la sola circunstancia de habitar en Nueva York o Chicago no las hace menos infelices.

—En eso acertó usted —afirmó Billy —. La gente no piensa

nunca en ello cuando admira una postal de Nueva York, pero lo cierto es que también a la sombra de los rascacielos existe la miseria. No hay choza rural más miserable que uno de esos sórdidos tabucos neoyorquinos donde la gente vive hacinada. Los pobres de Nueva York son más pobres que los pobres de un pueblo cualquiera, y viven en una soledad que aquí entre ustedes se desconoce.

—De todos modos —suspiró la chica — debe ser maravilloso vivir en Nueva York... en uno de esos hermosos apartamentos que vemos en las películas.

—Le daré un consejo —dijo Billy sonriendo —. No vaya a Nueva York sin la certeza de que podrá habitar en uno de esos pisos.

—Usted es de Nueva York...

—Sí.

—¿Y... tiene uno de esos pisos?

—Sí.

—Usted es un hombre de suerte —dijo la muchacha ladeando la cabeza para mirarle con la gracia de un pájaro curioso.

—He andando kilómetros de acera con los zapatos agujereados en busca de trabajo. Yo he vivido en uno de esos barrios miserables de que le hablé, y he sentido como millones de neoyorquinos la ilusión de crearme un hueco... es decir, una posición desde la cual poder mirar por encima de las cabezas de la multitud ignorada y gris.

—Se ve que finalmente lo consiguió.

—No. En realidad sólo soy un pobre reportero... una mediocridad a las puertas de la fama que puede proporcionarme este caso sensacional. Es verdad, yo no creo en los platillos volantes ni en los visitantes de otros mundos. Sin embargo, sería un gran golpe de fortuna para mí que esa fantasía llegara a ser una realidad... y que esa realidad se realizase aquí, ahora mismo, cobrando forma y cuerpo de esa neblina misteriosa que brota del lago...

Billy Arnold se interrumpió para mirar de nuevo a través de la ventana de la cocina.

—¡Caramba! —exclamó —. Esa niebla está espesando mucho. ¿Es frecuente que ocurra así?

Hilda Hobbs fue a asomarse también a la ventana.

—¡Vaya! Eso, más que niebla, parece toda una humareda —dijo.

En efecto, la niebla que brotaba del lago se había esparcido y espesado de forma que apenas se podía ver, a través de la ventana, a los hombres que en grupo se encontraban fuera de la casa a unos veinte pasos de distancia.

—Voy a salir afuera —dijo Billy depositando su taza sobre la mesa.

Hilda Hobbs le siguió por la puerta de la cocina hasta la galería

cubierta, donde la señora Hobbs observaba llena de inquietud el espesor progresivo de la niebla.

—No me gusta nada de lo que está ocurriendo aquí desde que ese horrible artefacto cayó anoche en el lago —murmuró la señora Hobbs. Y agregó después —: ¿Sabemos siquiera si esa niebla no son gases asfixiantes que está soltando el platillo volante para matarnos a todos?

—¡Mamá, por Dios! —protestó Hilda.

En este momento, Billy observó cierto movimiento en los arbustos floridos que alguien había cuidado de plantar junto a la casa a lo largo de la galería.

—Miren eso —dijo Billy —. El viento se ha levantado. Pronto despejará la niebla.

La niebla, en efecto, aclaró al ser barrida por una racha de brisa procedente del mar. Aunque de una manera confusa, fue posible ver hasta la orilla del lago. Aquella niebla se pegaba a la superficie del agua, y en realidad el efecto era como si brotara del seno del lago, arrastrándose perezosa antes de levantarse en delgadas espirales.

Un rayo de sol irrumpió de pronto en el espacio.

—¡Eh, miren... miren! —chilló Peter Hobbs señalando excitado con el brazo —. ¡Hay algo que se levanta entre la niebla! ¡Sí, seguro!

Un soplo de brisa hizo que la bruma aclarara sobre el lago. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Arnold. Sin embargo, la visión no tenía nada de horripilante.

Un globo de apenas dos metros de diámetro, de forma esférica y al parecer lleno de algún gas muy ligero, acababa de aparecer entre los jirones de niebla y se elevaba con rapidez en el aire.

La niebla había aclarado por encima del lago, y al alcanzar una altura determinada, todo el globo brilló como un ascua a los rayos del sol con reflejos de aluminio, mientras seguía ascendiendo y empequeñeciéndose ante los sorprendidos ojos de los espectadores.

Todavía era visible el globo allá arriba, cuando se dejó oír el poderoso runflido de unos motores de aviación.

Seis helicópteros de la Marina, de los llamados "plátanos voladores", aparecieron volando por encima de los árboles y se inmovilizaron sobre el lago, acabando de barrer la niebla con el torbellino de sus grandes rotores.

Momentos después, los helicópteros tomaban tierra frente a la granja de Hobbs.

Una patrulla de "marines", equipados con casco, mochila, careta antigás y ametralladoras ligeras, saltó a tierra y corrió a tomar posiciones en la ribera del lago.

.

CAPITULO III.

.

Los helicópteros volvieron a remontarse en seguida, al parecer, para volar hasta Orlando y traer por el aire fuerzas aerotransportadas que estaban aterrizando en aquel aeródromo.

El oficial que venía al mando de las tropas de "marines", capitán Andrew Forrest, no sabía una palabra de lo ocurrido en el lago Herney y sólo traía una ligera idea de cuál era su cometido allí. Mientras la gente del lugar informaba al oficial de los últimos acontecimientos, otro helicóptero llegó procedente de Cabo Cañaveral con el general Buckeye, el profesor Gran, y un técnico armado de un detector de radiactividad.

—Que nadie toque nada —ordenó Buckeye al capitán Forrest —. No permita que nadie se acerque al lago.

Dos automóviles acababan de llegar con nuevos curiosos. Billy Arnold adivinó que muy pronto la orilla del lago sería un hervidero de turistas y curiosos que vendrían a hacer preguntas ociosas e importunar como un enjambre de pegajosas moscas al olor de un rico pastel.

—Hola, ¿está usted aquí? —dijo Buckeye reconociendo a Arnold —. Espero que no haya tenido tiempo de contar nada de lo ocurrido a su periódico.

—Lo siento, ya informé por telégrafo hace un par de horas. La edición matutina del "Herald" estará siendo recogida por los repartidores en estos momentos —dijo Billy con aire triunfal.

—¡Vaya! —exclamó Buckeye disgustado —. Supongo que eso es imposible, pero me hubiera gustado evitar toda publicidad acerca del asunto, al menos hasta saber con certeza qué es lo que se esconde en el fondo del lago.

—¿Le han dicho ya lo del globo? — ¿Qué globo?

—El que emergió de las aguas del lago y se remontó en el aire hace unos minutos.

Buckeye escuchaba a Billy atónito. El profesor Grun se acercó también para escuchar el sorprendente relato de Arnold.

—¿Seguro que el globo salió del lago? —interrogó Grun enormemente interesado.

—Honradamente no puedo decir que lo viera salir del agua. Apareció por entre la niebla y se elevó con mucha rapidez. Puede que todavía esté allá arriba —dijo Billy echando la cabeza atrás para mirar a lo alto.

Grun y Buckeye otearon el cielo en busca del invisible globo.

Un grito resonó de pronto en la contigüidad del lago.

Todos se volvieron hacia allá pegando un respingo. Era el técnico que vino acompañando a Grun y Buckeye quien había gritado. El hombre señalaba con el brazo extendido, y los soldados observaban

también con las metralletas nerviosamente aferradas en sus crispadas manos.

La niebla había sido barrida definitivamente por la brisa, pudiendo verse la tersa y tranquila superficie del lago.

Y era aquí, en la superficie del lago, donde se registraba de pronto inusitada actividad.

Como si un millar de pequeños peces voladores se hubieran concentrado en un solo punto al ser arrojado al agua un puñado de insectos, la tersa superficie del lago se agitó.

De pronto, un enjambre de insectos voladores irrumpió del agua y se levantó en el aire en forma de zumbadora y plateada nube.

Los soldados retrocedieron instintivamente, en tanto que la nube quedaba a pocos metros de altura sobre el lago, engrosando por momentos con el refuerzo de nuevas oleadas de insectos que salían del agua batiendo sus alas.

Entre los hombres que estaban ante la granja se registró asimismo un movimiento de repliegue hacia la casa.

Había algo extraño y amenazador en aquella deslumbrante nube de insectos, los cuales al hacer vibrar sus plateadas alas producían un zumbido como el de un poderoso motor de aviación.

La nube, ensanchándose, se acercó a los soldados de Marina, que abandonaron su posición retrocediendo de espaldas. Luego, el pánico se produjo de pronto cuando los insectos, como obedeciendo una orden o un impulso colectivo, rompieron su formación y salieron disparados velozmente en todas direcciones.

Billy Arnold vio de pronto avanzar contra él un enjambre de pequeños y brillantes abejorros, y de tal modo estuvo seguro que los insectos iban a golpearle, que se arrojó rápida e instintivamente al suelo.

Los abejorros, sin embargo, no tocaron a Billy, ni al general Buckeye que seguía de pie, ni a ninguno de los hombres que dando medida vuelta brusca corrían pegando gritos de espanto hacia la granja y los coches estacionados en el prado.

La nube pasó zumbando por encima de Arnold y alrededor de Buckeye, se remontó para esquivar la casa y los árboles, y desapareció llevándose consigo aquel sordo y amenazador zumbido.

El lago y sus alrededores, quedaron despejados de insectos en menos de diez segundos.

Aquí y allá, soldados y campesinos fueron poniéndose en pie mirándose unos a otros avergonzados.

Alben Grun, que también se había tirado de bruces sobre el césped, dijo sacudiendo de sus ropas algunas motas de imaginario polvo:

—¿Eran abejorros, verdad?

Buckeye, que había permanecido firme todo el tiempo como un buen general ante sus soldados, volvió su pálido rostro e hizo una mueca violenta.

—¿Ha visto usted alguna vez abejorros plateados, Grun?

—Sé poco de eso, general. Nací y me crié en una ciudad.

—Yo me crié en el campo. Y le aseguro que jamás he visto abejorros plateados. Tampoco tengo noticias de que los abejorros puedan nadar debajo del agua y salir volando de ella en enjambres como peces voladores.

Dijo Arnold mediando en la conversación:

—¿Es posible que haya alguna relación entre esos extraños insectos y la máquina interplanetaria que suponemos está en el fondo del lago?

Grun y Buckeye cruzaron una mirada preocupada.

—Me han anunciado desde Washington la llegada de un grupo de técnicos e investigadores —dijo Buckeye —. Seguramente habremos adelantado terreno si para cuando lleguen hemos conseguido capturar alguno de esos condenados insectos.

En este momento se escuchó el ronquido de los helicópteros que regresaban.

Todavía estaban saltando los "marines" de los helicópteros cuando apareció por el camino de la granja un gigantesco camión grúa.

* * *.

A las once de la mañana, Billy Arnold se encontraba de nuevo ante la ventanilla de la oficina de telégrafos de Sanford.

El empleado, después de leer el largo texto del telegrama, levantó sus ojos sorprendidos para contemplar a Billy por encima de la montura de sus gafas.

—Oiga. ¿Es cierto que ocurre todo eso que usted cuenta en sus telegramas? —interrogó el empleado.

—Todo eso ha ocurrido. Y es posible que estén sucediendo otras cosas raras allá en el lago mientras yo pierdo el tiempo aquí. ¿Quiere despachar ese telegrama rápido, por favor?

Al salir poco después de la oficina de telégrafos, Billy se detuvo en la acera mirando arriba y abajo de la calle.

El auto seguía parado delante de la oficina de telégrafos, pero no vio rastros de la señorita Hobbs, aunque ella le había prometido apresurar sus compras para regresar inmediatamente al automóvil y emprender juntos el viaje de vuelta al lago Harney.

Una gran excitación se había apoderado de Billy después de los últimos acontecimientos de la mañana. Durante el corto viaje, mientras venían en dirección a Sanford, Billy y la señorita Hobbs se habían encontrado con una caravana casi ininterrumpida de autos,

camiones y tractores, todo al parecer en ruta hacia el lago Harney.

Los equipos solicitados por el general Buckeye se estaban concentrando alrededor de la granja de los Hobbs. A estas horas, los "hombres ranas" de la Marina llegados desde Tampa, habrían desembarcado de los helicópteros y estarían preparándose para sumergirse en el lago. El propósito de Buckeye era extraer la máquina que yacía en el fondo del lago, si es que de una máquina se trataba, utilizando para este fin las grúas y los tractores que iban llegando al punto de concentración.

En el ánimo de Billy, la posibilidad de que él no se encontrara presente y apercibido con su cámara cuando el misterioso objeto asomase a la superficie del lago, revestía la importancia de toda una verdadera catástrofe.

Y Hilda Hobbs iba a. ser la causante de este desastre, si no llegaba pronto a realizar sus malditas, al parecer inaplazables compras.

Mascullando reniegos y maldiciones, Billy echó a andar por la acera, decidido a buscar y encontrar la chica donde estuviera, o a marcharse y dejarla plantada si no daba con ella, cuando un objeto blando y a la vez contundente le golpeó en la oreja.

Billy rugió indignado, mientras una pelota de golf botaba en el suelo y rodaba junto al encintado de la acera.

Billy se inclinó para recoger la maldita pelota, y con ella en la mano buscó el oculto agresor.

Desde el centro de la calle, tres chiquillos le contemplaban, dudando entre acercarse o echar a correr abandonando al transeúnte la propiedad de la pelota.

Los chicuelos estaban asustados. Billy lo vio y deshizo la amenazadora arruga de su ceño.

—¿Es vuestra la pelota?

Los dos niños más mayorcitos que empuñaban sendas raquetas de tenis cruzaron una mirada entre sí. Uno de ellos, finalmente, se decidió.

—Sí, señor.

—Vaya, vaya —dijo Billy acercándose a los niños —. ¿Jugando al golf con raquetas de tenis?

—No, señor. Jugamos al tenis con pelota de golf —rectificó el niño.

—¡Claro, claro! —dijo Billy echándose a reír —. Bueno, ahí va la pelota.

El niño recogió en el aire la pelota que Billy le lanzaba.

—Gracias, señor.

—Un momento —dijo Billy deteniendo a los chicuelos que ya se marchaban —. ¿Habéis visto por aquí una señorita delgada, rubia,

que viste pantalón azul de cow —boy?

—¿Una señorita guapa? —preguntó el más menudo de los tres.

—Bueno, sí, creo... que es guapa.

—Está detrás de usted, señor —dijo el pequeño.

Billy se volvió como picado por una avispa, encontrándose ante la furiosa y despechada señorita Hobbs. Ella descargó sobre el periodista el fuego en batería de sus azules pupilas. Billy sintió que enrojecía mientras la chica le espetaba:

—Está bien, vámonos ya si usted quiere.

El la siguió humillado hacia el auto. En este mismo instante, un menudo objeto plateado pasó zumbando como una bala por el lado de Billy.

¡Era uno de los abejorros que Billy vio formando un enjambre sobre el lago!

Billy se detuvo en seco siguiendo con la vista el relampagueante insecto. Este se detuvo de pronto en seco, se balanceó a un lado y otro como orientándose, dio bruscamente un cuarto de vuelta y voló recto hacia los floridos arriates de un pequeño parque en un rincón ameno de la calle.

—Espéreme un momento, señorita Hobbs —dijo Billy con rapidez, viendo como el abejorro se detenía sobre el arriete —. Vuelvo en seguida.

—¡Oiga, creí que tenía prisa! —gritó la muchacha.

Billy no la escuchaba. Cruzando a grandes zancadas la calle alcanzó a los tres muchachos.

—Eh, chaval —dijo al que antes tomó la pelota —. ¿Quieres prestarme un momento tu raqueta?

El muchacho le miró con desconfianza, sobre todo porque Billy le había echado mano a la raqueta con una ansiedad que debió alarmar al chico.

—Sólo se trata de cazar un abejorro —dijo Billy, y arrebató de un tirón la raqueta de manos del muchacho, echando a correr hacia el macizo donde el abejorro plateado se abatía en aquel instante sobre el suelo.

—¡No quiero dejarle mi raqueta! —chilló el chico corriendo en persecución de Billy —. ¡Mamá, me han quitado mi raqueta!

Como antes a Hilda Hobbs, Billy ni siquiera oyó los chillidos del niño. Al llegar a los arriates se detuvo, adoptando la actitud sigilosa de un cazador de mariposas. No pudo descubrir el abejorro en el primer instante.

Luego lo vio de pronto en el suelo, posado sobre la tierra húmeda, recién regada del parterre.

Acercándose con cautela, Billy se inclinó al mismo tiempo que enarbolaba la raqueta de tenis. El maldito insecto debió presentir la

amenaza que se cernía sobre él.

Con brusca arrancada levantó el vuelo… y entonces tropezó con la red de la raqueta que se abatía sobre él. La raqueta le empujó al suelo y le aplastó contra éste, y allí le retuvo prisionero.

Los niños habían dejado de chillar. Se acercaron al hombre y le observaron curiosos. El más pequeño tenía en la mano un estuche vacío de cigarrillos. Billy, teniendo la raqueta contra el suelo, se volvió haciendo una seña amistosa.

—Te compro esa cajita. ¿Cuánto quieres por ella?

—¿Es de veras que ha cazado un abejorro? —preguntó el aquietado propietario de la raqueta.

—Sí, lo tengo aquí. Pero ahora necesito una caja donde meterlo.

—¿No lo ha matado?

—No, y quiero consérvalo vivo a ser posible. Por eso necesito el estuche.

—Dale la caja a este señor, Tony.

El crío se desprendió de la cajita con un suspiro de pena.

Billy levantó con cuidado la raqueta. El abejorro, con una de sus alas visiblemente dañada, se movió sobre la otra dando furiosas vueltas sobre sí mismo.

Con el borde de la raqueta, Billy empujó el insecto dentro del estuche de cigarrillos y lo encerró.

La cacería había terminado y Billy se incorporó bufando con satisfacción. No así el muchacho pequeño, que de pronto se echó a llorar pidiendo que le devolvieran su estuche.

Billy sacó un dólar del bolsillo.

—Toma, cómprate un estuche nuevo con cigarrillos y todo, y con lo que sobre tómate un helado a mi salud.

El crío, de todos modos, no parecía muy conforme. Aquel dichoso estuche debía tener para él la importancia de un tesoro. Al mismo tiempo algunos transeúntes se acercaban. Billy, temiendo verse metido en la explicación con los adultos que le observaban ceñudamente, se apresuró a devolver la raqueta de tenis a su dueño, y cruzó la calle apresuradamente hasta el coche.

—¿Pero qué jaleo se lleva usted con esos críos? —le preguntó Hilda mientras hacía arrancar el motor.

Un hombre venía cruzando la calle con el crío sollozante de la mano.

—Vamos, arranquemos, o vamos a acabar en la comisaría de policía.

El auto arrancó dejando chasqueado al honorable defensor de la inocencia infantil. Billy se retrepó en el asiento dejando escapar un suspiro de alivio. Pero pronto se enderezó de nuevo para sugerir:

—¿No puede ir más aprisa?

—Sí, sólo que no quiero hacerlo. A usted le parecerá ridículo, pero tengo en aprecio mí vida.

—¡Por Dios, vamos a llegar al lago cuando ya esté terminado todo!

—¿Cuando haya terminado qué? —Hilda le dirigió una rápida mirada de soslayo —. ¿Sabe lo que le digo? Espera usted demasiado de ese pedrusco que cayó al lago. Probablemente a esta hora ha vuelto loca a la gente de Nueva York con las terroríficas predicciones dé lo que ocurrirá de un momento a otro, cuando un monstruo extraterrestre salga arrastrándose del lago Harney para sembrar la destrucción y la muerte. Todo eso está muy bien como reclamo. ¿Pero qué ocurrirá luego que se sepa que el supuesto platillo volante no es sino un pedazo de hierro achicharrado, ni hay más marciano, en todo caso, que alguna bacteria socarrada y pegada a alguna grieta de ese pedrusco? Usted quedará desprestigiado ante su editor, y el público rechazará indignado toda nueva crónica que aparezca firmada con su nombre. Diga ¿no es así?

—Bueno, bueno. En primer lugar, la gente es más estúpida de lo que usted pueda siquiera imaginar. La gente se acalora, discute y cree a pies juntillas cualquier paparrucha que aparezca en un periódico. Luego se entera que todo fue una mentira. ¿Pero cree que el lector se siente ofendido después de haber sido engañado? ¡No! La próxima vez volverá a leer el periódico con auténtica ansiedad, creerá de firme que al día siguiente va a estallar una guerra con bombas atómicas o se tendrán noticias concretas de cierto platillo volante que acaba de ser encontrado en tal remoto lugar de la Tierra, y de nuevo se acalorará y discutirá. La gente no tiene sentido común, amiga mía. Tampoco tiene dignidad. Los políticos, los deportistas, los anuncios contra la calvicie y los periodistas la defraudan cada día. Y, sin embargo, siempre está dispuesta a olvidar y a perdonar.

—Y usted lo afirma con esa desfachatez —apuntó la señorita Hobbs.

—Por otro lado —continuó Billy Arnold — siempre existe una remota posibilidad de que el cuento de un periodista pueda convertirse en realidad. Esa es la diferencia entre un periódico y una novela de aventuras interplanetarias. Los periodistas se afirman en la tierra, en tanto que los escritores de esa clase de novelas se aventuran audazmente en el espacio cósmico... y nadie les cree.

—Pero es que un novelista jamás escribe con la pretensión de que se le crea una palabra —protestó Hilda —. En cambio, los periódicos...

La discusión siguió así hasta que Hilda Hobbs guardó silencio al tomar el desvío de la carretera general hacia el lago Harney.

Un poco antes de llegar al lago, en una bifurcación del camino, tropezaron con un auto patrulla de la policía del estado. Los agentes dijeron a Hilda que estaba prohibido el paso hasta la granja, a menos que se tratara de vehículos militares o máquinas solicitadas para el rescate de la "cosa" que se suponía estaba en el fondo del lago.

No obstante, los policías del coche patrullero conocían a Hilda, por lo que se le permitió el paso hasta la granja.

Grandes cosas estaban por suceder allá en el lago, cuando la señorita Hobbs detuvo el auto ante la granja, donde había aparcados en batería otros siete u ocho coches civiles y militares.

Durante la ausencia de Arnold, nuevos contingentes de Infantería de Marina habían llegado en helicóptero desde el aeródromo de Orlando. Los "marines" trajeron también sus trasmisores de radio, con los cuales estaban en contacto con el aeródromo.

A lo largo de la orilla del lago, los "hombres—rana" y los buzos del servicio de rescate de buques de la Marina hacían preparativos para sumergirse. Se veían numerosas embarcaciones flotando sobre la tranquila superficie del lago. Muchas de estas embarcaciones habían sido requisadas. Pero se veían también pontones del cuerpo de Ingenieros del Ejército, así como balandros y canoas de recreo de numerosos curiosos que se mantenían a respetuosa distancia.

Entre el lago y la granja de los Hobbs, camiones pesados, grúas y tractores se movían incesantemente convirtiendo el prado en un inmundo barrizal.

Con los cañones apuntando hacia el lago, en primera línea con las grúas, estaban estacionados siete u ocho carros blindados con sus tripulaciones listas para hacer frente a cualquier peligro que repentinamente pudiera surgir de las aguas.

Los helicópteros, mientras tanto, seguían haciendo viajes desde el lago a Orlando.

Una escuadrilla de reactores "F—101" pasó rugiendo sobre la granja cuando Hilda Hobbs y Billy Arnold echaban pie a tierra.

Delante de la granja, el general Buckeye discutía con un grupo de periodistas.

—No sabemos nada —decía Buckeye desabridamente —. Nada de nada...

—Pero ese globo que dicen salió del lago ¿es verdad que existe, o fue pura ilusión óptica de quienes aseguran que le vieron?

—El globo está allí arriba.

—¿Qué hace? —Nada. Está allí.

—¿Encima del lago? —Sí.

—¿Por qué no lo derriban? —Esperamos.

—¿Qué esperan?

—No lo sé. Quizás a saber más de ese globo, de quien lo soltó,

y de lo que hace exactamente allí arriba. Y ahora váyanse, no puedo pasarme toda la mañana contestando a preguntas para las que no hay todavía respuesta.

Unos soldados de marina llegaron y empujaron a los periodistas hasta los automóviles estacionados a alguna distancia.

Billy se acercó al general cuando éste se disponía a entrar en la casa, y le dijo sacando el estuche vacío de cigarrillos:

—Ya lo tengo, general.

—¿Cómo? ¡Ah, es usted! ¿Qué es lo que tiene?

—Uno de esos abejorros plateados. Lo capturé en Sanford y lo encerré en esta cajetilla de cigarrillos.

—Entre en la casa —dijo Buckeye muy animado cogiendo a Billy por un hombro —. El profesor Clarkdale acaba de llegar y está muy interesado en esos abejorros.

—¿Qué hay del globo? —preguntó Billy deteniéndose al llegar a la galena de la casa —. ¿Es cierto que está allí arriba sobre el lago?

—Sí. Los reactores han estado volando alrededor de él casi desde que llegaron. Hay algo muy particular en ese globo.

—¿Qué es?

—Su inmovilidad. Ascendió rápidamente a doce mil metros de altura, se detuvo allí y no subió más.

—¿Eso es todo?

—No, eso no es todo. Hay algo todavía más extraño, y es que el globo no se ha desplazado tampoco lateralmente, a pesar de las fuertes corrientes de aire que hay a esa altura.

—Entonces está anclado.

—Anclado, sí. ¿Pero a dónde? No hay ninguna amarra que lo retenga al suelo. Ningún hilo invisible. Los aviones han volado por arriba y por debajo de él sin tropezar con nada. Y han desplazado corrientes de aire tan fuertes, que hasta un dirigible hubiera cabeceado. Ese globito en cambio se sostuvo firme como una roca.

Billy guardó sorprendido silencio. En este momento un hombre asomó a la galería. Era un tipo alto, nudoso, seco, de facciones nobles y correctas, el tipo genuino de intelectual.

—Hola, profesor —dijo Buckeye saludando al hombre —. Aquí hay algo que le interesará. Nuestro amigo, el señor Arnold, capturó en Sanford uno de esos condenados insectos. Arnold, le presentó al profesor Clarkdale, una eminencia en Historia Natural.

—Mucho gusto en conocerle, señor Arnold —dijo Clarkdale estrechando la mano de Billy —. ¿Es cierto que consiguió capturar uno de esos insectos?

—Aquí está.

El naturalista tomó la cajetilla de cigarrillos. Hizo una seña amable invitando a Billy y a Buckeye a entrar en la casa y los precedió

hasta el comedor de los Hobbs.

Tomado por asalto, el comedor de la familia Hobbs había sido habilitado eventualmente como laboratorio.

Por todos sitios se veían cajas de madera y cartón, muchas de ellas todavía sin abrir. Había virutas de corcho por todas partes, microscopios, probetas y demás material científico sobre la mesa.

Un par de hombres jóvenes y una guapa chica que vestía uniforme blanco, preparaban el instrumental sobre la mesa y estaban abriendo cajones con martillos y tenazas.

—Vengan aquí, por fin vamos a echarle la vista a uno de esos insectos plateados de que tanto oímos hablar. ¿Está vivo el abejorro, señor Arnold?

—Lo estaba cuando lo encerré.

—Entonces habrá que tomar precauciones para que no escape.

—No tema, no puede volar. Se le estropeó un ala al darle un golpe con la raqueta de tenis.

—Muy bien. Therése, déme unas pinzas y un alfiler.

Clarkdale tomó una silla ante la mesa, puso un cristal ante sí y depositó sobre éste la cajetilla.

Todos los demás se inclinaron sobre la mesa llenos de interés y curiosidad. Al abrir con precauciones el estuche, el abejorro salió zumbando, dando furiosas vueltas sobre un ala. Clarkdale le atrapó con las pinzas por el ala estropeada, cogió el alfiler y trató de clavar al insecto, aunque sin conseguirlo. El alfiler resbaló sobre su duro caparazón, cuantas veces el naturalista intentó atravesarlo. Finalmente, el alfiler se dobló y Clarkdale lo arrojó a un lado con enfado.

—Una lupa.

La chica le dio la lupa. Clarkdale se inclinó para examinar el bicho a través del grueso cristal de aumento.

Levantó la cabeza, lanzó sobre Buckeye una mirada de estupor y volvió a inclinarse sobre el insecto.

—¡Cielos! —exclamó. De nuevo levantó sus ojos y miró al general Buckeye —. ¡Esto no es un insecto!

—¿Que no es un insecto? ¿Qué es entonces? —mascullo Buckeye.

—Quiero decir que... ¡Oh, no es un insecto, de seguro! Es un abejorro... metálico.

—¿Me...? ¿QUE? —gritó Buckeye.

—Metálico. Hecho de distintas piezas armadas como una máquina cualquiera. ¡Es un abejorro artificial!

.

CAPITULO IV.

.

Dijo Clarkdale:

—La Historia Natural tiene muy poco que hacer en este asunto. Como problema mecánico, esto es cosa suya, señor Grun.

En medio de gran expectación, Alben Grun empuñó la lupa y se inclinó sobre el pequeño abejorro plateado.

Alrededor de la mesa del comedor, Billy Arnold, el general Buckeye, el profesor Clarkdale, los ayudantes de éste y el coronel Goldroad, el último al mando de las tropas de Marina destacadas en el lago, esperaron sin pestañear el dictamen de Grun.

Alben Grun, después de examinar largamente el "insecto", se incorporó exhalando un profundo suspiro.

—¿Y bien? —dijo el general.

—Sin duda se trata de una máquina miniatura.

—¿De manufactura terrestre?

—Por Dios, no me haga reír —repuso Grun sin asomo de hilaridad en su estirado y grave rostro —. La técnica terrestre no ha resuelto todavía el problema del vuelo a "ala batiente". Y aunque alguien en alguna parte lo hubiese resuelto, no hay técnica en el mundo capaz de producir un micro—robot de la pequeñez de este abejorro.

Los hombres guardaron sombrío silencio; —Bien —dijo Buckeye. Sacó un pañuelo y se secó con él el sudor de la frente —. Esto al menos parece dilucidar de una vez la duda que nos atormentaba. Los hechos corresponden a los indicios que hemos ido recogiendo y el problema se nos presenta con signo extraterrestre. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente de acuerdo por mí —dijo Grun.

Buckeye se volvió a mirar a Clarkdale, el cual se encogió de hombros.

—¿No está suficientemente claro para usted, profesor? —le preguntó Buckeye.

—La parte de la ciencia que yo estudio no ha visto todavía nada extraterrestre en los indicios que poseemos —dijo Clarkdale. Se interrumpió para reflexionar —. A menos que...

—¿A menos qué? —interrogó Buckeye.

—Bacterias, esa es la respuesta. Si ese abejorro mecánico procede de un planeta extraño, las bacterias que puedan haber en él pudieran ser distintas también de las terrestres.

—Espere —dijo Grun levantando una mano —. Eso me da una idea. El abejorro parece inofensivo a primera vista. No ha atacado a nadie, al menos que sepamos. ¿Cuál es entonces el cometido de ese enjambre de abejorros robots? ¿Para qué los han traído a la Tierra? ¿Qué se espera de ellos?

—La pregunta es sumamente interesante —murmuró Buckeye

—. Debe haber en alguna parte una respuesta para ella.

—Esta pudiera ser una de las respuestas. Bacterias.

—O aguijones —dijo Billy Arnold metiendo baza en la conversación.

—¿Aguijones?

—Para atacar a los habitantes de la Tierra. ¿Por qué no? Los abejorros no nos han causado daño todavía, lo cual no significa nada. Significaría, a lo sumo, que no han recibido todavía la orden de atacar. Salieron en nube y se dispersaron en todas direcciones. ¿Fueron tal vez a volar por toda América para atacar en diversos puntos a la vez y a un mismo tiempo así reciban la orden de hacerlo? Eso es lo primero que deberíamos averiguar.

—¿Si los abejorros atacan?

—Si llevan aguijón para atacar —repuso Billy.

Buckeye se volvió a mirar a Grun.

—La sugerencia del señor Arnold tiene sentido. Grun, ¿podría averiguar si ese abejorro viene armado de algún aguijón envenenado?

—La cuestión del veneno no me pertenece. Pero puedo investigar lo del aguijón, aunque a costa de tener que destrozar el abejorro.

—Bueno, destrózelo. Hay millares de ellos esparcidos por ahí. Encontraremos muchos para posteriores investigaciones.

—Necesitaré herramientas delicadas para eso. Por ejemplo, un equipo de herramientas de relojero.

—Enviaré un helicóptero en busca de ese equipo. Y haré que venga también un relojero por si le puede ayudar.

—Si quiere traer a alguien que me pueda ayudar, mande a buscar a Laing a la base de Cabo Cañaveral. Laing ha construido la mayoría de los delicados instrumentos de nuestros satélites artificiales. Tiene herramientas adecuadas y conocimientos avanzados sobre robots.

—Me parece una magnífica idea —dijo Buckeye saliendo del comedor. Se detuvo al llegar a la puerta y volvió atrás —. ¿Qué iba a decir usted a propósito de bacterias, Grun?

—Iba a sugerir que la misión de los abejorros pudiera reducirse, simple y llanamente, a esparcir bacterias extrañas sobre la Tierra.

—¿Qué le hizo pensar en eso?

—Recordé la novela de Wells, "La Guerra de los Mundos". En su novela, Wells se libra limpiamente de los marcianos que ya tienen vencida a la Tierra, haciéndolos sucumbir a la acción de nuestras bacterias terrestres, extrañas y nocivas para los marcianos. En una invasión real de los marcianos, ellos no descuidarían punto tan importante. Naturalmente, antes de emprender el gasto de una guerra

total, analizarían la atmósfera de la Tierra y averiguarían si nuestras bacterias les iban a resultar nocivas. Harían eso, o serían tan tontos como los marcianos de Wells. Por eso pensé que la misión de los abejorros robot pudiera ser la de sembrar nuestro planeta de bacterias adecuadas a la naturaleza de los seres que luego vendrán a invadirla... y tal vez a habitarla.

—¿Bacterias mortales para nosotros, no es eso?

—¿Por qué no? Sabemos que si hoy tuviera que invadirnos una raza extraterrestre, la más económica, rápida y eficaz manera de aniquilar el mundo consistiría precisamente en desencadenar contra la Tierra una guerra bacteriológica. No tenemos defensas para ella.

Buckeye guardó un minuto de silencio.

—De todos modos, Grun —dijo finalmente — ¿no sería demasiado costoso utilizar abejorros para esa siembra de bacterias, pudiendo esparcirlas más cómoda y eficazmente desde el aire?

Alben Grun calló. Dijo luego sonrojándose:

—Sin duda tiene usted razón. Debe saber eso mejor que yo, pues es militar de carrera. ¿Pero no le parece quimérico también, que esos abejorros se dediquen a asesinar uno por uno a todos los habitantes de la Tierra clavándoles su aguijón emponzoñado?

—Por supuesto, eso representa una faena de todos los diablos —convino Buckeye. Resopló —. Bueno, el asunto sigue la mar de enredado. Estudiaremos sobre los abejorros. Ellos pueden darnos la clave del enigma. ¿No les parece?

Buckeye salió sin aguardar las respuestas de los científicos.

Billy Arnold, al quedar a solas con Grun y Clarkda — le, se sintió molesto. Su teoría de los aguijones era contraria a la de Grun sobre una siembra bacteriológica, Clarkdale sin duda estaba de acuerdo con Grun. Hombres que apoyaban sus teorías sobre principios científicos, no podían perdonar a un periodista entrometido una avanzada fantasía sobre un ataque directo utilizando abejorros robot como arma secreta.

Billy encontró oportuno retirarse, yendo a este efecto a reunirse con los Hobbs que estaban almorzando en la cocina.

—Peter —dijo Billy al — más joven de los Hobbs —. ¿Querría usted prestarme un favor? Se trata de coger el coche y llevar un telegrama a Sanford. ¿Haría eso por mí?

Peter Hobbs, aunque a regañadientes, accedió a hacerle ese favor. Billy sacó su libro de notas y su pluma fuente, redactando el telegrama con las últimas noticias acerca de los abejorros—robot que acababa de obtener.

Dijo Hilda Hobbs apenas su hermano hubo salido: — ¿Qué hay de cierto en eso que hemos oído que hablaban en el comedor? ¿Pueden esos abejorros—robot representar una amenaza para

nosotros?

—Sin duda alguna, esos abejorros han sido traídos a la Tierra y despachados por la máquina que se oculta en el lago para cumplir alguna misión. No sabemos todavía el cometido exacto que se proponen llevar a cabo los micro—robots, pero una cosa al menos resalta por su evidencia. Si el ser, o los seres extraterrestres que nos visitan, llevaran algún propósito pacífico, ¿por qué no se presentan ante nosotros para hacernos expresivos sus deseos de paz y buen entendimiento?

—Bueno, ustedes, los periodistas, siempre ven las cosas bajo el aspecto que más impresión pueda causar en el público. Hace años que les venimos oyendo hablar de la inminencia de una guerra atómica, como si ésta fuera a producirse mañana mismo. ¿Por qué, al considerar las probabilidades de que nos visiten seres de otros mundos, han de hacerlo siempre bajo el signo de una amenaza para la Humanidad?

Arnold contestó haciendo una mueca:

—Crea que ahora que veo próxima la aparición de esos seres extraterrestres, estoy bastante asustado para desear fervientemente que vengan a visitarnos con intenciones pacíficas.

Dijo entonces la señora Hobbs:

—James, si hay una máquina de otro mundo en el fondo del lago, esté tripulada o no por los marcianos, no quiero permanecer un minuto más en esta casa.

—Probablemente los soldados ordenarán evacuar los alrededores del lago como medida preventiva —dijo Billy —. Su deseo será pronto una realidad impuesta por la fuerza.

—Pues a mí no me echan de mi casa por la fuerza —gruñó obstinado el señor Hobbs —. Lo que yo digo es eso. Si han venido marcianos a este mundo y su propósito es matarnos a todos, lo mismo da huir que quedarse en casa esperando los acontecimientos. Si los marcianos son tan fuertes que aniquilan lo que se les ponga por delante, el mundo estará perdido sin remedio. Si nuestros soldados acaban con los marcianos, tampoco vale la pena huir. Al fin y al cabo, ésta es mi casa. Mi deber es defenderla contra los marcianos, como la defendería contra los indios u otro enemigo cualquiera. ¿Usted qué dice, periodista?

—Su heroicidad es digna de encomio, señor Hobbs. No obstante opino que deberían marcharse todos.

—¡Hombre, gracias por su ayuda! —resopló el granjero disgustado.

Alentada por la intervención de Arnold, la señora Hobbs volvió a insistir en sus propósitos de abandonar la casa. Hobbs terminó gritando furioso:

—¡Está bien, demonio! Ahora cuando vuelva Peter con el auto os marcháis todos y me dejáis solo aquí. ¡A mí no me asustan los marcianos, aunque tengan tantos brazos como los pulpos!

Billy se desentendió en este momento de la disputa, porque al mirar por la ventana de la cocina advirtió en la orilla del lago cierto movimiento de expectación.

La gigantesca grúa móvil, al parecer, se preparaba a sacar del agua la máquina que yacía en el fondo del lago.

.

CAPITULO V.

.

Los soldados habían obligado a retirarse a los centenares de civiles que de todas partes habían acudido llamados por la expectación sensacionalista de los periódicos y los comentaristas de la radio y televisión.

Los periodistas, invitados a desalojar el campo, hicieron valer sus protestas para quedarse en un grupo detrás de los soldados que acordonaban el lago.

Allí esperaron con sus cámaras preparadas, mientras los oficiales del Servicio de Rescate de Buques de la Armada iban de un lado a otro coordinando las maniobras de la grúa y los tractores que enganchaban los cables de arrastre.

Por unas cosas u otras, esta operación duró más de una hora, y en este lapso de tiempo llegaron zumbando dos helicópteros que fueron a posarse en el prado frente a la granja de los Hobbs.

Robert Laing, a quien Arnold había conocido la noche anterior en la base de pruebas de Cabo Cañaveral, saltó de uno de los helicópteros y fue a encontrarse con el general Buckeye. Luego los dos fueron a recibir a dos nuevos personajes que acababan de apearse del segundo helicóptero. Los cuatro hombres cruzaron apretones de mano antes de dirigirse hacia la casa y entrar en ella.

Arnold dudó un instante entre correr a espiar la conversación de Buckye con los recién llegados o permanecer donde estaba. En este momento, a una voz del oficial que dirigía la operación de rescate, se puso en acción la grúa y los tractores. Los cabrestantes empezaron a chirriar y Arnold decidió quedarse para ver lo que ocurría.

Los "hombres—rana" y los buzos de la Armada habían empleado largas, horas en preparar las amarras, al parecer, porque encontraron grandes dificultades en la sujeción de los cables, debido a la ausencia completa de partes salientes en la masa del metal que yacía en el fondo del lago.

El problema, finalmente, había sido resuelto con una fuerte red de acero.

La grúa y los tractores empezaron a tirar al mismo tiempo de

los atesados cables. La "masa aplanada" como había sido descrita por los buzos, se hallaba a unos 50 metros de distancia de la orilla. El fondo del lago, por fortuna, descendía a partir de la ribera del lago en forma de playa cenagosa.

Si la "masa aplanada" no encallaba en el barro, los buzos confiaban en arrastrarla por la pendiente del fondo hasta remolcarla fuera del lago.

Al comenzar a moverse los poderosos tractores "Diesel", grandes burbujas de barro ascendieron a la superficie contribuyendo a aumentar la suciedad del agua. La grúa tiraba también para levantar el extremo delantero de aquella "masa aplanada" a fin de que no se clavara en el barro de la playa.

Los tractores avanzaron 20 metros y se detuvieron para cobrar cable.

La operación, después de todo, no iba tan rápida como los impacientes espectadores hubieran deseado. Los buzos volvieron a sumergirse para comprobar la posición de la "masa" y el estado de los cables...

La tarde avanzaba con rapidez, descendiendo el sol hacia el ocaso. Tres reactores pasaron rugiendo sobre el lago.

El vuelo de los reactores distrajo momentáneamente la atención de los espectadores. Alguien extendió su brazo señalando al espacio. Entonces todos levantaron la vista, viendo brillar un objeto que parecía suspendido del cielo, inmóvil a gran altura sobre el lago.

Era el globo de aluminio que Billy Arnold viera aquella mañana levantándose de la niebla para remontarse en el espacio.

Pocos se habían acordado del globo durante el día, aunque los aviones no dejaron de vigilarlo un instante. Incluso para Arnold, el globo sólo había tenido una importancia secundaria, inferior a la de la supuesta máquina interplanetaria que yacía en el limo del fondo del lago.

Nadie esperaba que hubiese alguien dentro de aquella ligera esfera de apenas dos metros de diámetro, en tanto que era probable que el piloto que condujo la máquina estuviese, vivo o muerto, todavía dentro del artefacto hundido bajo el agua.

El globo, sin embargo, cobró ahora papel de primerísima importancia al plantearse el enigma de su misión allí.

—Yo creo que no deberían haber removido lo que hay en el lago sin antes echar abajo ese maldito globo —apuntó un periodista.

Dijo otro mirando a lo alto:

—Sí. ¿Por qué no lo han hecho?

—El general no se atreve a hacer nada sin previo conocimiento de las intenciones de nuestros visitantes —dijo Billy.

—¿No esperará el general que sean buenas ni corteses las

intenciones que traen esos individuos, verdad? —protestó otro de los periodistas acaloradamente —. Si sus propósitos son pacíficos, ¿por qué no se han presentado a nosotros?

—Tal vez no puedan hacerlo —advirtió Billy —. Según se desprende de los datos recogidos, la máquina interplanetaria se incendió y en parte se fundió al penetrar violentamente en la atmósfera de la Tierra. Es posible que los tripulantes de la máquina, atrapados dentro sin poder salir, esperen con ansiedad que nosotros vayamos a sacarles de su encierro. Consideren que la portezuela del aparato debe haberse soldado al cuerpo de la máquina al fundirse.

—Pues bien pudieron soltar el globo.

—Es posible que el globo sea una señal para indicar a los posibles habitantes de ese mundo que hay alguien en apuros que solicita socorro.

—Bueno ¿y qué hay de los abejorros? ¿Qué hacen esos bichos revoloteando por aquí?

—No puedo decirles. Realmente no lo sé.

Dijo el periodista que había sugerido la conveniencia de derribar el globo como medida preventiva:

—Para mí está claro que ese globo es un espía. Apuesto a que lleva a bordo una cámara de televisión con la cual, los tripulantes de la máquina, pueden observar lo que ocurre en doscientas millas a la redonda y también lo que nosotros estamos haciendo aquí. Y todavía les diré más, ni siquiera es aventurado suponer que lleva una bomba atómica que los pilotos pueden soltar con un impulso de radio para que caiga sobre el lago y nos pulverice a todos.

—A ellos también, claro —dijo Billy con sorna.

—Quizás ellos puedan sobrevivir perfectamente dentro de su aparato. Los Hombres Rana aseguran que es de gran tamaño y muy sólido según se aprecia por el grosor de su casco.

—¿Cómo han podido saber eso?

—Golpeándolo con un martillo, claro está.

Billy guardó silencio. Excitado por el asunto de los micro—robots no se había preocupado mucho del objeto que yacía en el fondo del lago. Naturalmente, suponía que se trataba de un "platillo volante" u otra máquina interplanetaria, pero ésta era la primera noticia que tenía acerca del resultado de la exploración de los buzos.

Los buzos habían golpeado la máquina con martillos, estableciendo así con toda certeza que "aquello" estaba hueco.

—¡Atención, la grúa va a tirar del cabo otra vez! —advirtió uno de los periodistas.

La atención del grupo, así como la de los espectadores que se mantenían a distancia, volvióse del globo que brillaba en el cielo a los tractores que volvían a tirar de los cables.

El sol acababa de ponerse y mientras los tractores trabajaban, la oscuridad de la noche empezó a caer con rapidez tropical.

Unos minutos más tarde, a la incierta luz del crepúsculo, los excitados espectadores veían apartar las oscuras aguas y aflorar algo parecido a un escollo, a un trozo de metal de aluminio fundido.

—¡Alto! —gritó el oficial que mandaba la operación de rescate.

Los tractores se detuvieron para retroceder y halar cabo de nuevo. Mientras, los periodistas hacían relampaguear sus lámparas de destello tomando fotografías del primer pedazo visible de la supuesta máquina interplanetaria hundida.

Después de disparar su cámara, un periodista levantó sus ojos al cielo y arrugó el ceño mientras murmuraba.

—Observen cómo brilla el globo ahora. Me pregunto si los seres extraterrestres se habrán enfurecido y van a soltar una bomba desde ese globo en cualquier instante.

Billy miró también a lo alto. En efecto, el globo brillaba con mayor intensidad ahora arriba en el cielo color violeta. Observó:

—Parece que brilla más ahora porque aquí abajo es de noche, mientras que allá arriba todavía le da el sol.

—Yo preferiría encontrarme a mil millas de aquí —dijo otro.

La oscuridad, el lugar y las circunstancias, ejercían su influencia perniciosa sobre los periodistas.

Los soldados daban muestras de nerviosismo también.

Las tripulaciones de los carros blindados estaban haciendo girar los cañones de sus máquinas para apuntarlos contra la parte visible del "platillo volante".

Si un ser extraterrestre hubiese aparecido de pronto saliendo del agua, probablemente los soldados habrían sido incapaces de dominar sus nervios y lo hubieran despedazado a cañonazos antes de hacer ninguna pregunta.

Hubo una larga pausa mientras los tractores halaban los cabos y el oficial de marina ordenaba a los camiones y blindados dirigir sus focos sobre el lago.

Camiones, autos y blindados, pusieron en marcha los motores y encendieron uno tras otro sus faros.

El bulto oscuro que afloraba del agua, centelleó de pronto bajo el brillante haz de los focos que de todas partes convergían sobre él. Circularon en este instante rumores acerca de la posibilidad de suspender la operación de rescate hasta el día siguiente con buena luz...

Este rumor quedó desmentido al no concederse al personal siquiera una pausa para comer.

Al contrario de lo que se decía, los hombres que participaban directamente en los trabajos de recuperación, empezaron a moverse

ahora con más rapidez, como acuciados del deseo de terminar cuanto antes y dejar la máquina "o lo que fuese" fuera del agua en tierra firme.

Los tractores, así estuvieron preparados, roncaron al tirar con redoblada fuerza de los cables.

La máquina, lógicamente, pesaba más a medida que salía del agua.

Lentamente, pulgada a pulgada, los espectadores vieron aumentar la altura de aquello que parecía una roca plateada. La "roca" se ensanchó hasta adquirir la forma de un alto borde redondeado. Luego, este borde empezó a curvarse hacia atrás. La máquina era de forma circular o ligeramente ovalada.

—¡Un platillo volante! —exclamó ronca una voz junto a Billy.

Billy se volvió encontrándose ante Peter Hobbs.

No se había vuelto a acordar del joven Hobbs ni de su telegrama en toda la tarde. Pero ahora Peter estaba junto a Billy y éste le preguntó:

—¿Cuándo regresó?

—Hace horas —contestó el muchacho sin apartar sus ojos fascinados de la extraña forma que ya estaba en su mitad fuera del agua —. Bueno, mi madre va a echar a correr sin esperar el auto en cuanto vea esto. Lo siento, no puedo permanecer aquí. Voy a llevar a mamá a Sanford.

Un cable de acero se rompió en este instante, silbando en el aire como un látigo. El arrastre se interrumpió allí mismo, al ser los tractores incapaces de arrastrar más lejos la pesada mole metálica de 8 a 9 metros de diámetro. Los reporteros hacían destellar incesantemente los "flash" de sus cámaras fotográficas...

Nadie se había acercado todavía al "platillo volante". De pronto, tres hombres se destacaron y avanzaron hacia la brillante mole bajo la deslumbrante luz de los focos.

Eran el general Buckeye, Alben Grun y uno de los pasajeros del último helicóptero que llegó a primeras horas de la tarde.

Detrás de los tres arriesgados exploradores, una docena de "marines" desplegaron en línea, las nerviosas manos crispadas sobre sus armas automáticas, listos para contestar a cualquier agresión que pudiera venir del "aparato".

Los periodistas continuaron sacando fotografías. Los tres hombres llegaron hasta el "platillo volante". Se advirtió entonces que uno de ellos llevaba en las manos un detector de radiactividad.

Buckeye, después de la prueba negativa de radiactividad, se acercó y tocó la pesada mole con su mano. El hombre a quien Billy no conocía tocó después la máquina. Los tres hablaron allí un instante. Luego se retiraron, los soldados acordonaron el "platillo volante", y los

faros comenzaron a apagarse hasta que quedaron solamente dos o tres pares de ellos iluminando la imponente mole.

—Vamos a ver qué dice el general Buckeye de todo esto — propuso un colega de Arnold, enviado de un periódico de Nueva York.

Los periodistas se dirigieron en tropel hacia la granja, Billy les dejó ir y, más listo que sus compañeros, se deslizó después entre las sombras hacia la puerta trasera de la casa.

Encontró a Hilda Hobbs en la cocina, preparando la comida. James Hobbs, hambriento y malhumorado, refunfuñaba sentado ante la mesa.

—¿Se fué la señora Hobbs? —preguntó Billy.

Hobbs contestó gruñendo:

—Sí. Y todos tendremos que irnos después que este maldito asunto acabe. Porque cuando acaben con el platillo volante, esa multitud de soldados, de tractores, de camiones y curiosos, habrán destrozado nuestro prado y nuestro huerto causándome la ruina total.

—¿Por qué no pone un puesto de limonadas? Todavía tardarán en llevarse el platillo volante, suponiendo que puedan levantarlo y trasladarlo a un arsenal. Hasta que eso ocurra, el lago será un centro de turismo nacional. De todas partes del país acudirán las gentes a ver el platillo volante.

—¡Oh, claro! Y yo estaré ahí fuera detrás de un tenderete, vendiendo postales y pedazos de metal fundido como recuerdo. ¡Vamos, usted no estará hablando en serio!

—No lo decía en serio. Aunque pensándolo bien no es una idea tan descabellada. ¿Qué le parece a usted, señorita Hobbs?

Ella se limitó a lanzarle una mirada de desdén.

Billy cruzó la cocina para entreabrir la puerta del comedor. Hasta él llegaron las voces airadas de los periodistas que eran rechazados por los "marines" en la puerta principal.

—¡No puede ocultar la verdad de lo que ocurre bajo el pretexto de alto secreto militar! —vociferó una voz —. ¡El país quiere saber lo que está sucediendo, y también lo que puede esperar de esos visitantes de otro mundo!

—Supongo que lo que necesitan es un pequeño pretexto para hacer cundir el pánico entre la población civil —contestó Buckye —. ¡Váyanse al diablo!

Buckeye entró airadamente en la casa. Alben Grun, Clarkdale, Robert Laing y otras tres o cuatro personas estaban reunidos en torno a la mesa, sin contar los ayudantes de Clarkdale y alguno que había traído desde Cabo Cañaveral.

—Bueno, Laing —dijo Buckeye con brusquedad —. ¿Qué hay de esos malditos abejorros?

—Estoy sorprendido. Nuestra más avanzada fantasía no puede

siquiera imaginar una máquina tan perfecta como este micro—robot. Una mano de hada y un cerebro superdotado tienen que haber trabajado en común para idear, y luego reunir, las piezas microscópicas de este portento de la electrónica. Ni que decir tiene, nosotros no somos capaces de hacer nada que se le parezca.

—Puede ahorrarse sus alabanzas a esos hombres que nos visitan. Me da escalofríos pensar que puedan tenernos a su albedrío en sus manos —dijo Buckeye —. En resumen ¿sacaron algo en limpio?

—Voy a decirle algo que quizás resuelva uno de los enigmas que más nos intrigan. Todas las partes mecánicas del abejorro son accionadas por un motor eléctrico ¿no le sorprende esto?

—No le comprendo bien, Laing. En realidad sería mucho más sorprendente que este abejorro fuera accionado por un motor de gasolina ¿no cree?

—Puede que no me haya explicado bien. El abejorro es accionado por un motor eléctrico minúsculo, pero no hemos encontrado que lleve acumuladores. Eso quiere decir que estos micro —robots reciben la energía de alguna otra parte. Por ejemplo, ese globo que tanto nos ha intrigado podría ser la fuente desde la cual emana la electricidad que necesitan los "insectos" para volar.

—Eso al menos explicaría la posición del globo a gran altura perpendicularmente sobre el lago —dijo Alben Grun —. El globo, como hemos venido sospechando, puede ser al mismo tiempo un espía por medio del cual los tripulantes del "platillo volante" pueden ver lo que ocurre en una gran extensión de Florida y dirigir por control remoto los movimientos de sus enjambres de "insectos".

—¡Ese maldito globo! —murmuró Buckeye —. Siempre fui de la opinión que deberíamos haber empezado por echarlo abajo.

—Antes de hacerlo, sin embargo, deberemos adoptar ciertas complicadas precauciones, tales como evacuar a todos los habitantes del estado y llevarlos lejos hasta donde no puedan alcanzarles los efectos de una explosión atómica a gran altura —apuntó Grun.

—¿Cree que puede haber una pila atómica dentro de ese globo, es eso? —interrogó Buckeye —. ¡Pero si el globo parece muy ligero! Y todos sabemos que un reactor atómico no puede escapar a ciertas dimensiones respetables, por no decir nada del peso.

—El globo puede ser mucho más pesado de lo que nos figuramos. La aparente facilidad con que flota en el aire puede habernos engañado. En realidad el globo no flota porque esté lleno de un gas más ligero que el aire. Estoy dispuesto a apostar mi paga de un mes a que se trata de una esfera de gran espesor, extraordinariamente sólida, del mismo metal brillante y sumamente duro que hemos observado en las manchas de metal fundido que se desprendieron del "platillo volante".

—Eso es imposible —protestó Buckeye —. ¿Cómo iba a sostenerse en el aire una esfera de acero?

—"Ellos" pueden haber encontrado la forma de hacerlo. Por ejemplo, creando un campo magnético de fuerza de signo contrario al campo de atracción terrestre que conocemos por el nombre de "gravitación". Hace tiempo que nosotros venimos investigando en esto, si bien con resultados negativos por el momento.

El general miró a Grun y luego a Laing. Suspiró, sacó un pañuelo y se secó con él la húmeda frente. La atmósfera era realmente calurosa en el cerrado comedor, pero ésta no era la sola causa del acaloramiento del militar.

Dijo Buckeye exhalando un suspiro de resignación:

—Muy bien ¿qué más?

Laing cruzó una — rápida mirada con el profesor Clarkdale y dijo:

—Usted me ordenó examinar ese abejorro en busca de algo que nos diera una pista sobre la misión que se les ha confiado...

—Sí.

—No estamos muy seguros de ello, pero he aquí lo que encontramos. El "insecto" lleva en su panza algo que parece corresponder a los depósitos de bombas de nuestros aeroplanos...

Buckeye estalló:

—¡No me digan que esos abejorros llevan bombas además!

—No se trata de bombas —dijo el profesor Clarkdale —. Aunque a la larga pueda resultar algo más explosivo que eso.

Clarkdale tendió en dirección a Buckeye un pequeño cristal de los que se utilizan para examinar muestras bajo el microscopio.

—¿Qué es esto? —preguntó Buckeye.

—Lo que encontramos en el "depósito de bombas" del abejorro. Esporas.

—¿Esporas?

—Ya sabe, corpúsculos reproductores de las plantas criptogramas.

—¡Oigan! ¿Qué mil diablos significa eso? ¿Para qué pueden llevar esas semillas los abejorros? —exclamó Buckeye atónito.

—Seguramente para sembrarlas.

Buckeye quedó mirando a Clarkdale con la boca abierta.

—¿Ha dicho para sembrarlas? Bueno, eso no parece demasiado peligroso. ¿Está seguro que se trata de semillas, y no de huevecillos u otra cosa cualquiera?

—Son esporas, estoy seguro. He sembrado varias de ellas en macetones, aunque naturalmente, habrán de transcurrir algunos días antes que podamos apreciar el efecto.

Buckeye permaneció silencioso un minuto. Dijo acariciándose

la barbilla:

—Es extraño que toda la misión de esos abejorros se reduzca a esparcir semillas. ¡Oh, hay demasiadas cosas en este asunto que no comprendo! Bien, voy a descansar un par de horas. Mucho me temo que el día de mañana traiga quebraderos de cabeza aún mayores que los de hoy. Redacten ustedes un informe completo sobre sus observaciones. Descabezaré un sueñecito y luego los enviaré a Washington.

Billy Arnold cerró suavemente la puerta del comedor.

Diez minutos más tarde viajaba en un camión del Ejército hacia Sanford en busca de la oficina de telégrafos.

.

CAPITULO VI.

.

Lo primero que advirtió Arnold a su llegada a Sanford, fue un inusitado incremento del tráfico de coches. Todos los restaurantes y bares aparecían rebosantes de público, y ante los hoteles formaban largas filas los automóviles aparcados.

La gente que durante todo el día había estado llegando al lago Harney, así cayó la noche recordaron que tenían sueño y apetito, se apresuraron a volver a sus autos para esparcirse por los pueblos y ciudades del contorno en busca de alojamiento. De esta forma, los hoteles y los restaurantes y el comercio en general, veían inesperadamente prosperar su negocio, de lo cual sin duda todos se congratulaban.

La afluencia de forasteros era pues considerable en Sanford, y se esperaba que fuera mucho mayor al día siguiente, cuando empezaran a llegar turistas del resto del estado y de más allá de los límites del estado de Florida.

Los periódicos y la radio, al difundir la excitante noticia de haber sido descubierto un "platillo volante", contribuían en gran medida a animar a la gente a recorrer varios centenares de millas para "ver", y a ser posible tocar, aquella fantástica nave del espacio.

La oficina de telégrafos, a donde Billy se dirigió en primer lugar, estaba llena de periodistas que enviaban sus despachos a sus respectivos diarios y agencias de noticias.

Al salir de la oficina y puesto que se sentía cansado, Arnold intentó la aventura de encontrar habitación de algunos de los repletos hoteles de la ciudad. Dos entradas que hizo en otros tantos hoteles, se tradujeron en otros tantos fracasos.

Luego, la casualidad le llevó a encontrarse de manos a boca con Peter Hobbs, que salía del tercer hotel que Billy se proponía visitar.

—¡Hola! —exclamó el joven Hobbs —. ¿Qué hace usted por

aquí? ¿Cómo vino a la ciudad?

—En un camión del Ejército. Estaba intentando encontrar un mísero jergón donde descansar mis huesos, pero parece que eso es imposible. ¿Va a salir?

—Voy a volver a la granja. Mamá no está tranquila y voy a intentar persuadir a mi padre y a Hilda para que abandonen la casa y vengan a la ciudad con nosotros. Tenemos dos habitaciones con dos camas cada una reservadas aquí. ¿Quiere que le lleve al lago?

—Temo que si volviera allá no encontraría siquiera un lugar en su granero donde dormir.

—Oiga ¿por qué no toma prestada una de las camas de mi habitación? En el supuesto que papá accediera a venir conmigo, todavía tardaríamos un par de horas en volver. Y luego, padre y yo nos arreglaríamos en una de las camas.

—Usted es la tentación personificada. Acepto. No pegué ojo anoche, y el día ha sido muy agitado.

Billy aceptó la llave que le ofrecía el joven Hobbs. Luego, al disponerse a entrar en el hotel, fue llamado por Peter, el cual le tendió un billete de cien dólares.

—Tome usted, señor Arnold. Después de todo lo que ha pasado, no puedo aceptar su dinero.

—¿Pero qué ha pasado? —protestó Billy rechazando el dinero.

—Presiento que no llegará a utilizar mi auto durante cien horas. Eso aparte, yo no le cobro a un amigo por prestarle mi auto. Por favor, coja su dinero, o creeré que no me acepta por amigo suyo.

—Bueno, Peter, lo tomaré —dijo Billy agradecido —. Y crea, que me siento muy honrado por la deferencia que usted y su familia me hacen al otorgarme su confianza y su amistad.

Peter Hobbs sonrió un poco enigmáticamente antes de volverle la espalda y alejarse.

Billy durmió toda la noche de un tirón, despertando sobresaltado cuando los primeros rayos del sol se infiltraron a través de la persiana para darle en los ojos.

Miró su reloj. Eran las siete de la mañana. La cama contigua seguía vacía, de lo cual era fácil deducir que el viejo Hobbs se mantuvo en sus trece negándose a abandonar la granja.

El pensamiento de Billy voló hasta la granja, el lago, y la fantástica máquina interplanetaria que todavía la noche anterior encerraba herméticamente su enigma. Como un soldado de vocación, consciente de sus deberes, Billy Arnold lamentó haber dormido tanto.

Sólo Dios sabía las cosas que podían haber ocurrido mientras él roncaba tranquilamente en la mullida cama de un hotel.

Se vistió rápidamente y bajó al comedor.

Pese a lo temprano de la hora, encontró que la mayoría de los

huéspedes se habían levantado antes que él y desayunaban apresuradamente, todos con ánimo de volver al lago en busca de las fuertes emociones que el misterioso "platillo volante" prometía depararles más pronto o más tarde.

Después de haber desayunado, al disponerse a salir del hotel y precisamente en el mismo lugar donde la noche anterior se encontró con Peter Hobbs, volvió a tropezarse con éste que iba a entrar.

Por lo pronto, la apacibilidad de la expresión del joven Hobbs, sirvió de indicio a Billy. No debían haber ocurrido cosas extraordinarias en el lago aquella noche.

—Hola, ¿viene del lago ahora? —interrogó Billy.

—Papá sigue empecinado en continuar allí. Traté de convencerle de nuevo esta mañana, pero todo fue inútil.

—¿Cómo siguen las cosas por allá?

—¡No me diga! ¡No me diga! No pude pegar ojo en toda la noche. Aquello parece un manicomio. Continuaron llegando soldados con más tanques, más artillería, incluso con lanzallamas... Y los helicópteros continuaron haciendo viajes hasta el aeródromo trayendo cargamentos de sabios, técnicos y científicos. Un equipo especial estaba tratando de abrir la portezuela del platillo volante con sopletes, esta mañana cuando yo venía hacia acá.

Supongo que querrá llevarse el coche. Bien, aquí tiene las llaves. Y le prestaría un gran servicio a mamá si pudiera convencer a mi padre para que abandone la granja al Ejército y se venga aquí con Hilda.

—¿Ella también se niega a abandonar la granja? —Hilda se resiste a dejar solo a papá, eso es todo.

—No le auguro que tenga éxito en mi cometido. Temo no haberle caído muy simpático a su hermana.

—No es a ella a quien debe convencer, sino al viejo. En cuanto a Hilda, está harta de vivir en la granja. Merece una suerte mejor y eso la hace parecer áspera con todo el mundo. Pero no crea que ése es su verdadero carácter. Bueno, si a mí me gustara una chica como Hilda, no tendría en cuenta lo que aparente sentir e iría por ella de todos modos. Usted ya me entiende.

El joven Hobbs guiñó un ojo. Luego golpeó el hombro de Arnold amistosamente, entrando rápidamente en el hotel.

Más tarde, mientras viajaba a buena velocidad por la carretera, Billy pensaba en las palabras de Peter Hobbs. El también creía que pese a la aparente aspereza del carácter de Hilda Hobbs, la vida de un hombre podía resultar dulce al lado de ella si ese hombre fuera capaz de enamorarla.

Esta visión de un futuro feliz embriagó a Billy, aunque sólo fue la visión fugaz al resplandor de un relámpago.

No sólo el futuro de él y de Hilda estaba en el aire. El destino de la Humanidad podía depender también de los designios de los misteriosos, todavía desconocidos, tripulantes de aquel platillo volante. Seres que podían construir robots microscópicos como aquellos abejorros, y al mismo tiempo sostener inmóviles en el espacio masas enormes de acero, no debían ser hombres débiles ni ignorantes.

Con toda seguridad, el destino de la Tierra estaba en sus manos.

Billy siguió conduciendo a gran velocidad, hasta que al llegar al empalme del camino que conducía al lago se vio formando parte del embotellamiento causado por una hilera interminable de coches, detenidos allí por un pelotón de la Policía Militar que aconsejaba a los turistas volver atrás por el camino hacia Sanford.

Muchos coches empezaron a dar la vuelta y volver atrás, pero otros conductores disconformes con aquella arbitraria medida fueron en busca de perdidos senderos y atajos a través del bosque, dispuestos a llegar hasta el lago a costa de lo que fuera.

Algunos optaron por dejar sus autos abandonados en la carretera y marchar a pie.

Billy esperó su turno. Al corresponderle la vez de contestar a las preguntas de un malhumorado sargento dijo simplemente:

—Habito en la zona del lago. Granja de los Hobbs.

Un soldado comprobó la documentación del coche. El auto, por fortuna, estaba a nombre de James Hobbs.

Le dejaron pasar.

El apacible prado, donde todavía dos días atrás apacentaban las lustrosas vacas de los Hobbs, aparecía literalmente invadido por un número considerable de camiones y autos del Ejército, tanques pesados, carros blindados, tractores y grandes cañones que apuntaban horizontalmente contra el "platillo volante".

El platillo volante seguía junto al lago, y todo el material bélico formaba una media luna a su alrededor, dejando un ancho espacio libre acordonado por soldados armados, donde se movían los hombres del equipo de demolición bajo la inspección de un grupo de altos jefes del Ejército y la Armada.

Billy se encontró con Alben Grun en la galería de la casa.

Dijo Billy señalando por encima del hombro hacia el lago:

—¿Qué hacen ahora con el platillo volante? ¿Intentan abrir un boquete con los sopletes?

—Descubrimos que había una portezuela de acceso en el costado de la máquina, la cual quedó soldada por el metal en fusión que se corrió tapando las ranuras. El metal de que está hecho el platillo volante parece ser una aleación altamente resistente al calor, de una dureza extraordinaria y bastante pesado. Nos llevaría mucho

tiempo abrir un boquete suficientemente grande para pasar un hombre. Esperamos que si hay tripulantes vivos, éstos puedan abrir desde dentro si raspamos el metal fundido de las juntas de la puerta.

—¿Confían realmente en que quede alguien con vida dentro de la máquina?

—Hay pocas esperanzas. Si hubiera tripulantes vivos, ellos probablemente hubieran contestado a las señales acústicas que hicimos golpeando el casco de la máquina con martillos.

—A menos que se hicieran los muertos.

—Eso es. Aunque no veo razón para que hicieran eso. Si nuestras suposiciones son ciertas, ellos pueden ver todos nuestros movimientos desde ese globo que sigue suspendido en el espacio sobre el lago. Saben lo que estamos haciendo y presumen que nuestra curiosidad nos llevará a entrar en su máquina más pronto o más tarde.

—¿Y qué hay del globo? ¿No nos resolvemos por echarlo abajo a cañonazos?

—Las Fuerzas Aéreas van a intentar algo mejor; cogerlo en una red.

—¿En una red? ¿Cómo van a hacer eso?

—Pues, sencillamente, dejando caer sobre él una red especial que se cerrará como una de esas redes donde los niños llevan sus balones. Un cable se descolgará de la red hasta tierra. El extremo del cable será conducido por un camión hasta el mar, donde será amarrado a un crucero que intentará remolcarlo lejos, donde su destrucción y la eventual explosión atómica que pueda producirse, no cause daños.

—Muy ingenioso. Sobre todo, si los aviadores consiguen acertar a envolver el globo en la red.

—Lo intentarán cuantas veces sea necesario hasta acertar. Con su permiso, voy a ver cómo andan los trabajos en el platillo volante.

Alben Grun siguió adelante, entrando Billy en la casa por la puerta de la cocina.

Encontró a Hilda Hobbs puesta de delantal ante el fregadero. La muchacha parecía preocupada, pero sus lindos ojos se animaron de pronto al ver entrar a Billy.

—¡Ah, es usted, señor Arnold! Vaya, parece muy contento esta mañana. Durmió bien, por lo que veo.

—Y usted no durmió en absoluto, por lo que su cara indica y por lo que me contó Peter. ¿Dónde esta el viejo?

—¿Se refiere a papá? ¡Oh, bueno! El anda por ahí cuidando de que los autos no derriben las cercas, que los soldados no pisoteen nuestro huerto, y que todo el mundo tenga cuidado en cerrar los grifos después de tomar agua. Esto es algo como la invasión de la marabunta. Todo anda cabeza abajo, y ni siquiera nos queda la

esperanza de que esto vaya a terminar pronto.

—Todo tiene su fin en este mundo. Este es una vulgaridad, pero cierto. Para bien o para mal, nosotros llegaremos a desentrañar el misterio de los platillos volantes. Entonces todos nos iremos; soldados, periodistas, científicos... El lago volverá a recobrar su tranquilidad y las vacas volverán a pacer en el prado, y esta agitación y este ruido quedará sólo como un recuerdo. ¿Qué hará usted entonces, Hilda?

—¿Dios mío, que espera usted que haga? Volveré a los días monótonos, a las tareas de la casa y el campo—.

—A menos que un soldado, un científico o un periodista, la lleven consigo al partir hacia otras tierras y otras ciudades. ¿Por qué no un periodista?

Los ojos de la muchacha quedaron fijos en los ojos de Arnold, y en ellos por primera vez el periodista vió una expresión que al menos para él era completamente nueva.

Arnold se inclinaba ya sobre los labios de la muchacha cuando se escuchó el taladrante aullido de una sirena.

La tensión nerviosa en que vivían las gentes alrededor del lago, se manifestó en el doble brinco de sobresalto que pegaron a un tiempo Hilda Hobbs y Billy Arnold.

La muchacha dejó escapar un grito de espanto. Billy corrió hacia la galería:

Un coche de la policía irrumpió en el prado viniendo por el camino de Sanford, se desvió bruscamente para evitar atropellar a un par de soldados que no se apartaron con bastante rapidez, enderezó de nuevo la marcha y fue a detenerse ante la casa con escalofriante chirriar de frenos.

Las portezuelas del auto se abrieron. Un agente uniformado y un hombre vestido de paisano saltaron a tierra yendo apresuradamente hacia la galería donde acababa de aparecer el profesor Clarkdale seguido de dos de sus ayudantes.

El general Buckeye cruzaba el prado a grandes zancadas seguido del capitán Forrest, llegando a tiempo de oír al policía:

—¿Quién está a la cabeza de todo ese asunto de la nave del espacio? ¿Dónde puedo encontrarle? —preguntó el policía.

Dijo Buckeye llegando por detrás:

—¿Pregunta usted por mí? Soy el general Buckeye. ¿Qué ocurre?

—Soy el sargento Hale. Una cosa ocurrió en una granja de las afueras de Sanford, y por lo raro que es pensamos que pudiera estar relacionado con la nave del espacio que aterrizó aquí, los abejorros, y ese extraño globo que está allá arriba.

—Bien —dijo Buckeye cruzando una mirada con Clark, dale —. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—El hecho sucedió en la granja del señor Rhine —dijo el sargento señalando al hombre de paisano que le acompañaba —. El lo contará mejor que yo.

Varios soldados, oficiales, técnicos y paisanos, entre los que se contaban también algunos periodistas, iban llegando procedentes de todas direcciones para formar un apretado grupo alrededor del general Buckeye, del sargento de policía y el hombre que se llamaba Rhine.

Billy Arnold se acercó también, escuchando desde la galería. Y detrás de Arnold, Hilda Hobbs salió de la cocina y quedó observando.

—Bueno, esto es lo que ocurrió —dijo el señor Rhine, quien parecía pálido de excitación —. Como todas las mañanas, yo había ido al gallinero a dar de comer a mis gallinas, cuando al abrir la puerta de la cerca encontré a los bichos muy excitados, y a un par de animales muertos y medio devorados en el suelo. Como las cercas son altas y de malla metálica, yo no podía comprender como un animal dañino había entrado en el corral. Además, una cosa así no había sucedido en mi granja. Bueno, esto fue lo que ocurrió. Yo me puse a buscar por allí... cuando de pronto vi un extraño bicho que salía por detrás de un gallinero y se lanzaba corriendo hacia la cerca. Quedé sorprendido, y confieso que también un poco asustado. Jamás había visto un animal como aquél, ni cosa que se le pareciera. El bicho empezó a trepar como un mono por la cerca metálica. No teniendo a mano un bastón, salí corriendo y desaté a mi perro Bucks. El bicho aquel ya había saltado al otro lado de la cerca cuando acudí con mi perro armado de un bastón. El perro atacó... ¡Cielo santo, y aquel pequeño monstruo se revolvió plantándole cara a Bucks!

Rhine se interrumpió, observando la impresión que su relato causaba en los oyentes. Luego prosiguió:

—El perro no se arredró. Le lanzó dentellada al bicho, lo atrapó por una de las patas y lo zarandeó... Bueno, entonces el monstruo se agarró con patas y manos al cuello de Bucks y empezó a apretar... mientras le buscaba los ojos con otra de sus manos. Le tiré un bastonazo y no le acerté. Mi perro empezó a aullar cuando el maldito bicho le sacó uno de los ojos... pero por más que lo intentaba no lograba quitarse de encima al monstruo... hasta que yo le asesté un bastonazo y aflojó su presa. Seguí dándole de garrotazos... hasta dejarlo retorciéndose en tierra. Entonces llegaron mi mujer y mis hijos...

—¿Qué hicieron con el bicho... el monstruo o lo que fuera? — preguntó Clarkdale desde la galería.

Una voz dijo desde la última fila del grupo que había ido engrosando alrededor de Rhine y el general Buckeye:

—Aquí está el bicho.

El grupo se abrió... y un policía uniformado vino arrastrando

algo que traía atado con un cordel.

Se escucharon roncas exclamaciones de asombro y espanto, Clarkdale saltó de la galería al patio, tomó el cordel de manos del policía y levantó el monstruo que colgaba del otro extremo.

No sólo Rhine en su corral, sino ninguno de los presentes había visto jamás cosa igual.

—¿Pero qué clase de animal es éste? —exclamó Buckeye estupefacto.

Billy Arnold, estirando su cuello por encima del hombro de Clarkdale, alcanzó a ver un ser extraordinario, algo parecido a una extraña rama con seis brazos que se retorcían y agitaban desesperadamente tratando de hacer presa en el aire.

El bicho oscilaba y giraba al extremo del cordel. Billy vio que en medio del cuerpo tenía una hendidura, especie de boca abierta de arriba abajo, y, una a cada lado, dos pequeñas protuberancias en donde brillaban como negras cuentas sus ojillos maliciosos y vivaces. El animal no debía alzar más de un pie del suelo, comprendidos los extremos de sus patas. Era de color morado, de aspecto rugoso y repulsivo.

—No puedo decirle qué clase de animal es, porque jamás lo había visto —dijo Clarkdale contestando a la pregunta de Buckeye —. Lo que sí puedo decirle, y esto sin temor a equivocarme, es que no pertenece a ninguna rama de nuestra escala zoológica.

—¿Un animal de otro mundo?

—Sí, eso creo —dijo Clarkdale pensativamente.

Un silencio estupefacto preñado de incredulidad y terror, cayó de súbito sobre el excitado grupo de hombres.

.

CAPITULO VII.

.

Desde la abierta puerta de la cocina, Billy Arnold y la señorita Hobbs, seguían atentamente la escena que se desarrollaba en el centro del comedor.

Amarrado a un tablón, encima de la mesa, el monstruo prisionero tremolaba en el aire sus tentáculos como queriendo librarse de sus ligaduras. De pie junto a la mesa, el profesor Clarkdale observaba sombríamente los movimientos del animal.

Alrededor de la mesa, un poco retirados, más de una veintena de hombres, entre militares, científicos y periodistas, guardaban expectante silencio sin apartar sus ojos del profesor.

Clarkdale, de pronto, alargó una mano hacia uno de sus ayudantes:

—Las tijeras, Neldon.

Neldon miró a Clarkdale un poco sorprendido. Luego le tendió

un par de tijeras grandes que el naturalista cogió con su enguantada mano.

Dijo Buckeye viendo a Clarkdale pensativo ante el monstruo:

—¿No irá a cortarlo en pedazos, verdad?

—¿Por qué no? —dijo Clarkdale sin mirarle.

—Lo podría matar. ¿No cree?

Clarkdale frunció los labios sin contestar. Repentinamente alargó la mano armada de las tijeras y… ¡zas!… tijeretazo. Y el tentáculo quedó separado del cuerpo del monstruo sobre la mesa. Clarkdale cogió el miembro separado, mientras el animal agitaba sus restantes patas con redoblada furia.

Buckeye exclamó:

—¿Cómo? ¿Es que no tiene sangre ese animal?

En efecto, y con gran sorpresa de todos, ni una gota de sangre coloreó el muñón limpiamente cortado por las tijeras. Clarkdale tendió el miembro mutilado a su ayudante.

—Ponga esto al microscopio, Jim.

De nuevo el silencio se hizo en la habitación mientras Clarkdale se quitaba los guantes de goma e iba a inclinarse sobre la lente del microscopio.

Transcurrido un rato, Buckeye gruñó impacientándose:

—Vamos, profesor. ¿Necesita tanto tiempo para decirnos lo que sea de ese animal?

—No es un animal —dijo Clarkdale sin levantar los ojos del microscopio.

—¡Oh, eso tiene gracia! ¿Qué es, si no es un animal?

—Un vegetal.

—¡Un vegetal! ¡No, eso no puede ser! —exclamó Buckeye estupefacto.

—¿Por qué no? —Los ojos de Clarkdale relampaguearon al hacer esta pregunta. Buckeye no acertó a contestar. Clarkdale dijo volviéndose hacia su ayudante, la señorita Simmons —: ¿Dónde puso las macetas con los cultivos, Bárbara?

—Allí fuera, en el patio de atrás.

Clarkdale cogió una lupa de la mesa y salió precipitadamente por la puerta. Su ayudante Neldon le siguió. Buckeye echó una mirada desconcertada a su alrededor, soltó un gruñido y salió por la puerta en persecución de Neldon.

La señorita Simmons siguió al general, y luego todos se precipitaron en tropel hacia la puerta, incluso Arnold y la señorita Hobbs.

Detrás de la casa, una baranda de ladrillos separaba un patio asfaltado de un frondoso huerto plantado de hortalizas y árboles frutales. Puestos en línea sobre la baranda se veían varios macetones,

algunos de ellos con flores.

Clarkdale examinaba con la lupa una extraña planta de color morado en uno de los mocetones.

Al salir en tropel de la casa se había organizado una pequeña carrera de velocidad por ver quién llegaba antes al patio de atrás. Billy fue de los primeros, al mismo tiempo que la señorita Simmons.

La planta que Clarkdale estaba mirando parecía un pequeño tubérculo suspendido sobre seis patas o raicillas que se hundían en la tierra húmeda de la maceta. Billy Arnold sintió recorrerle el espinazo un escalofrío, porque en seguida comprendió que la planta era una reproducción a escala más pequeña del "animal" que había quedado atado a un tablón sobre la mesa de los Hobbs.

¡Y había otra docena de plantas iguales en una hilera de macetas!

Clarkdale se volvió de pronto, y el centelleo de sus pupilas pareció detener en seco a Buckeye, que acababa de llegar. Buckeye echó una mirada a las macetas y empalideció.

—¿Entonces se trata verdaderamente de plantas? —murmuró con voz profunda y ronca.

—Usted mismo puede verlo, general. Salieron de las esporas que ayer plantamos en estos mocetones. Este hecho responde por sí solo a las preguntas que nos hacíamos ayer. Ahora sabemos cuál era la verdadera misión de los abejorros—robot.

—¿Sembrar millones de esporas para que nacieran millones de estos pequeños monstruos? —dijo Buckeye aterrado.

Clarkdale rectificó:

—Son pequeños ahora porque acaban de nacer, general Buckeye. Mañana tendrán el doble de tamaño... y nadie sabe qué corpulencia llegarán finalmente a alcanzar, siendo así que se trata de plantas. Mas tratándose de plantas, cada uno de estos monstruos vegetales llevará en sí mismo los gérmenes reproductores de nuevas generaciones de monstruos... pequeñas esporas que dejarán caer en el lugar adecuado para que de ellas broten nuevos monstruos, que a su vez darán lugar al nacimiento de otros. ¿Sabe lo que esto significa, general?

—Sí, lo sé —pronunció Buckeye sombríamente —. Si esos malditos abejorros han sembrado por ahí diez mil esporas de las que han brotado diez mil de estos monstruos, dentro de un mes, expulsando de sí diez esporas cada uno solamente, tendremos cien mil bichos haciendo de las suyas... y antes de los dos meses habrán rebasado la cifra de un millón. Eso significa, ni más ni menos, que estamos siendo víctimas de la invasión más sutil, más artera y criminal que nosotros pudiéramos haber imaginado jamás. ¡Oh, hay que buscar inmediatamente esos bichos y aniquilarlos uno por uno antes que sea

demasiado tarde!

—Lo difícil será dar con ellos —observó el capitán Forrest —. Esos abejorros pueden haber volado mil millas para esparcir las semillas en un área tan grande que haga falta el ejército de los Estados Unidos para cubrirla enteramente.

—Pues emplearemos todo el ejército si es preciso —dijo Buckeye rotundamente —. Encima de todo, puede haber sido una suerte que el platillo volante viniera a caer en Florida, y no en otra parte, como por ejemplo en Kansas o Arizona. La Florida sólo tiene en este punto unas ciento veinte millas de anchura, mientras que hacia el sur sólo quedan doscientas cincuenta millas hasta el mar. Si el radio de acción de los abejorros está limitado por el alcance de las ondas eléctricas que suponemos emite se globo que está allá arriba, la siembra puede haberse extendido hacia el norte hasta el sur de Georgia y el este de Alabama, pero no más lejos de las costas de Florida, a menos que esas condenadas esporas puedan germinar también en el agua del mar. Clarkdale, ¿cree que eso es posible?

—¿Que las esporas germinen en el agua salada del mar? —Clarkdale quedó reflexionando unos minutos —. No, no creo que eso sea posible. ¡Espere, se me ocurre algo!

—Entonces, por Dios, que no sea nada que complique más las cosas —dijo Buckeye casi con un gemido de súplica.

—Usted acaba de decir que es una suerte para nosotros que el platillo volante cayera aquí y no en el centro de los Estados Unidos, donde los abejorros habrían podido cubrir un territorio mucho mayor… La pregunta es si el platillo volante cayó aquí por casualidad, o si entraba en los propósitos de sus tripulantes realizar un aterrizaje en Florida.

—Bueno ¿y qué puede importar eso ahora?

—Trato de ayudarles a encontrar esas alucinantes criaturas. Y tomando como base que esas plantas pertenecen a la familia de los hongos y necesitan probablemente de un clima subtropical con abundante humedad, seguramente encontrarán que la mayoría de las esporas fueron depositadas por los abejorros en las orillas de los lagos, preferentemente en el barro, en lugares sombreados en una atmósfera húmeda y cálida.

—Hay muchos lagos en Florida.

—Seguramente como los tripulantes del platillo volante deseaban que fuera.

Buckeye quedó mirando pensativo al sabio.

—¿Sabe lo que estoy pensando?

—Tal vez lo mismo que todos nosotros.

—Sería espantoso que otros de esos platillos volantes hubiesen tomado tierra en lugares apartados e igualmente aptos para el rápido

desarrollo de esos monstruos vegetales. Por ejemplo, si un platillo volante hubiese aterrizado en el corazón de la selva amazónica.

—Roguemos a Dios para que éste sea el único ejemplar de máquina interplanetaria que llegó a la Tierra —dijo Clarkdale —. Porque si otros hubiesen llegado a las selvas amazónicas, indias o africanas, probablemente no habría bastantes ejércitos en el mundo para atajar esa especie de peste con los medios adecuados.

—Voy a comunicar rápidamente con Washington —dijo Buckeye.

Billy Arnold no esperó siquiera los comentarios. Discretamente se separó del grupo. Luego echó a correr hacia el automóvil de los Hobbs.

* * *.

Las ondas de la radio hicieron un buen camino mientras Billy Arnold viajaba hasta Sanford para enviar un telegrama que iba a levantar ampollas en los caldeados ánimos de los neoyorquinos.

Cuando Billy salía de la oficina de telégrafos, media docena de autos echaban los frenos junto a la acera, y de ellos brotaban en tropel los rezagados periodistas para lanzarse en tromba al asalto de la oficina de telégrafos. Al mismo tiempo, un auto de la policía del estado, rodaba lentamente por el centro de la calle dejando oír su potente megáfono:

—"Atención. Atención. Se advierte al vecindario para que esté en guardia contra ciertas peligrosas alimañas procedentes de la máquina interplanetaria que cayó en Lake Harney. Los propietarios de jardín, especialmente los que tengan estanque con lugares frondosos y húmedos, deberán extremar su cuidado por creerse que es allí donde las alimañas se refugian preferentemente. Tengan cuidado con los niños. Cierren puertas y ventanas y asegúrense que han cerrado al salir de casa, Una campaña general de extermino va a dictarse contra esas alimañas, recordando a todo ciudadano su deber de colaborar con las autoridades, fuerzas armadas y de la policía, a fin de aniquilar tan peligrosos animales. Llamen inmediatamente por teléfono al cuartel de policía si han visto alguno de estos monstruos. Y no confíen en sus armas de fuego para preservarse de ellos. La mejor arma para matar una alimaña de esa clase es un viejo sable de caballería. Una guadaña y un rastrillo son también buenos instrumentos para destruirlos. Atención..."

Billy se quedó en el bordillo de la acera, viendo cómo el vecindario reaccionaba después de escuchar atentamente el aviso de la policía.

La gente en seguida comenzó a andar apresuradamente. Gritos lanzados desde ventanas y portales llamaron a los niños que jugaban en la calle. Varias mujeres cruzaron corriendo la calle hacia los

pequeños, algunos de los cuales se echaron a llorar. Se escucharon golpes secos de ventanas que cerraban y persianas que caían...

Billy montó en el auto de los Hobbs. No obstante, antes de regresar a Lake Harney, pasó por el hotel donde Peter y la señora Hobbs estaban alojados.

Encontró a Peter en la calle, comentando con otros jóvenes la noticia que acababa de dar la radio. Un aire febril se había apoderado de pronto de la ciudad. Algo semejante había ocurrido en la ciudad de Nueva York el día que la gente supo de pronto que los japoneses habían atacado a Pearl Harbour en las islas Hawai. Billy lo recordaba muy bien.

—¡Hola, señor Arnold! —gritó Peter al verle llegar —. ¿Viene ahora de la granja, o va hacia allá?

—Vengo y vuelvo. Se me ocurrió pasar por aquí por si querían algún recado para casa.

—Espere. Voy a avisar a mamá y voy con usted. No entiendo muy bien lo que ocurre con esas alimañas de que habla la radio, pero si representan un peligro para nuestro ganado, quiero estar allí para ayudar a papá cuando esos monstruos ataquen.

Arnold esperó con el motor en marcha hasta que el joven Hobbs volvió a aparecer saliendo por la puerta del hotel.

Poco después, mientras iban por la carretera del lago, Peter preguntó:

—¿Qué significa eso de que la mejor arma contra esos bichos es un viejo sable o un rastrillo? ¿Por qué no es bueno un rifle para deshacerse de ellos?

—Debe ser porque, tratándose de plantas, un balazo no puede afectarles más de lo que un tiro afectaría a un árbol. Probablemente haya que destrozarlos a machetazos para acabar con ellos. Y aquí se plantea un dilema. Una planta muere cuando se la separa de su raíz, pero estos vegetales carecen de raíces. ¿Cuándo pues se podrá considerar que se ha acabado con ellos?

—No me lo pregunte a mí. No sé absolutamente nada de esos bichos.

Billy puso al corriente a Peter de los últimos acontecimientos en la granja. Así, el viaje les pareció corto a los dos cuando al tomar el ramal que llevaba desde la carretera general al lago Harney tuvieron que apartarse para dejar paso a una caravana de camiones cargados de soldados.

—¡Cómo! ¿Es que abandona la tropa la custodia del platillo volante? —exclamó Peter Hobbs.

Billy lo ignoraba y en su caso sólo podía hacer conjeturas. Estas resultaron en buena parte acertadas, cuando pudiendo finalmente pasar por el estrecho camino llegaron hasta la granja.

Casi todos los soldados se habían marchado, y los que quedaban allí estaban preparándose para abandonar también el campamento. Hasta los tanques se ponían en movimiento.

Al saltar del auto ante la granja, Arnold se encontró con el general Buckeye que salía acompañado de Clarkdale.

—¿Qué es esto? —preguntó Arnold —. ¿Nos dejan los soldados? ¿Es que van a dejar desguarnecido el lugar?

—No del todo. Algunos soldados de artillería se quedarán junto al platillo volante. La infantería, incluso los carros, son más necesarios por el momento en otros lugares.

—¿Y si la tripulación del platillo volante se decidiese finalmente a salir?

—Todavía quedaremos bastantes aquí para capturarlos, en el caso improbable que estuviesen vivos y pudiesen salir. Nuestros técnicos están de acuerdo en que la máquina sufrió tan graves daños que no puede volar. Y en cuanto a su tripulación, ni siquiera tenemos indicios de que exista.

—Si no existiera una tripulación ¿quién dejó escapar el globo y soltó el enjambre de abejorros—robot?

—Todo eso pudo hacerse automáticamente desde millones de kilómetros de distancia. O el platillo volante podría llevar incorporado un cerebro electrónico que se encargaría de llevar la máquina a tierra, soltar el globo y poner en el aire los abejorros.

—A propósito de los abejorros. ¿Qué fue de ellos?

—¿No lo sabe usted? Después de cumplida su misión se remontaron a doce mil metros de altura y se adhirieron al globo como lapas.

—¿El globo sigue allí? —preguntó Billy señalando al cielo.

—Nuestros aviadores hacen intentos para echarle la red. Han fallado tres veces hasta ahora, pero confían en atraparle al fin.

Billy advirtió que Buckeye parecía impaciente.

—¿Se marcha usted? —le preguntó.

—Voy a volar con el profesor Clarkdale sobre algunos pantanos de los alrededores, donde es probable que las esporas hayan germinado por millares. Tropas paracaidistas están en ruta desde diversos puntos de la nación. Antes que estén a la vista de Florida deben saber dónde se efectuarán los lanzamientos, y eso es lo que tratamos de averiguar.

Buckeye hizo un movimiento brusco con la mano, invitando a Clarkdale para que le siguiera hasta el helicóptero que esperaba. Arnold esperó hasta ver partir el helicóptero. Luego entró en la casa de los Hobbs.

Encontró a la señorita Simmons y a Jim Heldon, los dos ayudantes del profesor Clarkdale, recogiendo los instrumentos de

investigación y guardándolos en sus correspondientes cajas. El monstruo vegetal ya no se movía sobre la mesa. Lo habían hecho pedazos.

—¿Se marcha también? —preguntó Billy.

Dijo la señorita Simmons:

—Las investigaciones acerca de las plantas vivientes van a continuar en el laboratorio. Sí, nos vamos de aquí.

Hilda Hobbs apareció en ese momento saliendo de una de las habitaciones. Vestía ropas de hombre; pantalón azul de vaquero, camisa a cuadros y sombrero de anchas alas. Traía en las manos las espuelas.

Dijo ella:

—Sí, todos se van. ¿Es que no se marcha usted también, señor Arnold?

—¿Se marcha usted? —replicó Billy.

—Eso ni se piensa. Ya va siendo hora que nos ocupemos de nuestro ganado, más aún ahora con el peligro que representan esas plantas carnívoras.

—Entonces me quedaré también... y les ayudaré a cuidar su ganado.

La muchacha quedó mirándole fijamente, y por primera vez sintió Billy la convicción de haber ganado un puesto en su aprecio.

.

CAPITULO VIII.

.

James Hobbs tenía también su sable de caballería, vieja reliquia de la guerra de Secesión, durante muchos lustros guardado en el arca de los recuerdos del desván. Peter, que de todos modos seguía confiando en la eficacia de un buen balazo, cogió su "Winchester". Hilda se armó de una escopeta cargada con gruesas postas de caza mayor.

Billy Arnold salió de la granja y fue en busca del capitán Forrest, el cual había quedado en ausencia de Buckeye a cargo del campamento.

Forrest se encontraba cerca del "platillo volante" siguiendo el trabajo de los sopletistas que avanzaba muy lentamente sobre el duro metal de la máquina interplanetaria. En aquel momento, uno de los hombres del equipo llamó a Forrest. El capitán se acercó a los especialistas sin haber atendido a Billy.

—Vea esto, capitán —dijo el sopletista —. Al parecer nos encontramos ante una puerta de diferentes diámetros, tales como las que suelen ponerse en las cajas fuertes de los Bancos.

—¡Hum! —dijo Forrest —. Eso parece. Bueno ¿y ahora qué?

—Yo creo que estamos perdiendo el tiempo, capitán. ¿Sabe el

trabajo que representa cortar un aro de dos pulgadas de espesor de este condenado metal para llegar al segundo diámetro?

Dijo Forrest:

—Sé que es un trabajo muy duro. Sin embargo, esta escotilla se tiene que abrir. La abriremos tarde lo que tarde, a pesar de todo y a costa de cualquier esfuerzo. Tómense ustedes un descanso ahora. Pero luego sigan cortando. Es un trabajo que se tiene que hacer, y eso llevaremos ganado por poco que adelanten.

Los sopletistas se resignaron en silencio. Forrest pudo atender a Billy.

—¿Decía usted, señor Arnold?

Billy expuso a Forrest sus deseos. Sólo quería que le prestasen un fusil con su correspondiente bayoneta. Los deseos de Billy no encontraron obstáculo y poco después volvía a reunirse con los Hobbs en la cuadra en que se hallaban ensillando los caballos.

Hechos los preparativos, los cuatro jinetes se alejaron de la granja en dirección a la pradera donde los Hobbs habían apartado su manada.

La ganadería era todavía uno de los principales recursos económicos de Florida y los Hobbs poseían arriba de un millar de vacas de la raza Hereford. El ganado, con ser numeroso, no representaba un trabajo excesivo, debido a que James Hobbs tenía muy bien cercado el extenso, siempre verde, prado donde las vacas pacían a sus anchas.

La tarea de aquella tarde consistía en conducir la manada hasta el lago para que abrevase, pero para hacer esto había que dar un rodeo evitando el "platillo volante", los autos, las tiendas de campaña y los cañones todavía emplazados junto al lago a la altura de la granja.

Peter cortó con unos alicates los alambres de espino de la cerca abriendo en ella un boquete por donde el ganado debía salir ordenadamente y volver hacia la orilla del lago.

El trabajo de Billy Arnold consistió en situarse con su caballo al lado de la cerca para evitar que el tropel de reses la derribara en su afán por pasar la brecha. Hilda Hobbs hizo otro tanto colocada en el extremo opuesto. Cuando la última res hubo pasado por la brecha, Hilda y Billy cabalgaron juntos detrás del rebaño a cuya cabeza marchaban James y Peter Hobbs.

La tarde era apacible y por encima del lomo de las reses, Billy veía alzarse el verde surtidor de las palmeras, brotando de la masa oscura de los cipreses que bordeaban el lago. Muy alto, sobre las blancas y algodonosas nubes, seguía escuchándose el lejano ronquido de los motores de aviación, a intervalos dominado por el mugido de las vacas.

La Tierra, pensó Arnold, era hermosa tal como Dios la había

creado. Pero quizás, para comprenderlo así, la humana criatura que habitaba en aquel mundo de belleza tenía que sentirse envidiado por otras criaturas, habitantes de otros mundos menos afortunados. Tal vez el hombre de la Tierra necesitara perder su paraíso para llorar por aquello que no supo apreciar. O tal vez la Providencia, generosa una vez más para con el hombre, dispusiera que éste continuara siendo el dueño del planeta donde le colocó la bondad divina.

El hombre, pensó Arnold, se sentiría más cerca de Dios después que hubiese pasado la amenaza que se cernía sobre el mundo.

Consideraría lo cerca que estuvo de perder su felicidad. Y, acaso entonces fuese mejor, más paciente, y más humano.

La manada de los Hobbs se esparció a lo largo de la orilla del lago, metiéndose en el agua para abrevar. Uno a cada extremo, James y Peter Hobbs se mantenían vigilantes sobre sus sillas. Hilda se encontraba cerca de Arnold en el centro.

Transcurrido un rato, Arnold acercó su caballo al de Hilda.

—Parece que han tenido ustedes suerte, después de todo —dijo Arnold —. Seguramente no hay una sola de esas alimañas extraterrestres por este lado del lago.

—El ganado está intranquilo. ¡Oh, algo ocurre allá!

Hilda señaló con la escopeta en dirección a Peter. Una vaca acababa de dar una espantada. Se escuchó un sordo mugido de dolor.

Billy había leído en alguna parte que la sensación de temor era contagiosa en las grandes manadas de reses, especialmente cuando el ganado se mostraba intranquilo por alguna causa.

Algo de esto estaba ocurriendo allí. Un remolino se produjo de pronto en lo más denso de la manada, junto a la orilla del lago. Las reses echaron a correr en todas direcciones, dejando en el centro de un espacio despejado un par de vacas, que daban extraños saltos y corcovetas, tal como si quisieran expulsar de sí algún invisible jinete que las hubiera montado.

Hilda Hobbs clavó las espuelas en los ijares de su montura, obligando al caballo a salir disparado en aquella dirección.

Siendo muy elementales las nociones que poseía sobre equitación, Arnold tardó bastante más en conseguir que su montura tomase aquella dirección. Además de esto, las vacas que huían a la desbandada pasaban mugiendo por su lado y empujaban al caballo haciéndole salirse de su ruta.

Por encima del ondulante mar de lomos rojos, Arnold vio a Peter abriéndose paso contra el alud del ganado, guiando su caballo con la presión de sus rodillas mientras con las manos empuñaba el rifle.

La estampida al fin pasó tronando a ambos costados de Billy, quien de pronto se vio en terreno despejado galopando detrás de Hilda

hacia el lugar donde las vacas brincaban y seguían dando corcovos. Peter Hobbs llegó el primero. Desmontó de un salto y corrió hacia la res.

En el momento que llegaba detrás de Hilda, Billy alcanzó a ver lo que motivaba el espanto de las reses.

Cada una de las vacas llevaba fuertemente asida a una pata una de aquellas monstruosas plantas que causaron el espanto de un granjero de Sanford aquella misma mañana. Las reses hacían desesperados esfuerzos para quitarse de encima los bichos, pero los monstruos parecían aferrados con una fuerza que desafiaba todos los intentos de las espantadas vacas.

—¡Ve con cuidado, Peter! —gritó Hilda cuando detenía su caballo.

Peter Hobbs corrió hacia una de las reses. Cogió el rifle por el cañón y lo enarboló a modo de maza, pero la res no se estaba quieta, por lo que resultaba muy difícil acertarle a la maldita planta con un golpe de culata.

Hilda desmontó y Billy hizo otro tanto. Al llegar al suelo, Billy sacó el cuchillo bayoneta del cinturón y lo armó al extremo del fusil. Se sentía muy excitado y tenía erizados los pelos de sus desnudos brazos. Cerca de allí, Hilda se echó la escopeta al hombro e hizo un disparo…

Era que una de las monstruosas plantas se había soltado y caído al suelo mientras la vaca huía pegando coces. Hilda había disparado contra el bicho, pero al parecer no le acertó.

¡El monstruo corrió en dirección a Hilda!

—¡Cuidado, Hilda, apártese! —gritó Billy.

Pero la chica no huyó, sino que dando muestras de gran serenidad apuntó su escopeta y disparó el segundo cañón…

La perdigonada alcanzó de lleno al monstruo y lo derribó agitando furiosamente sus múltiples patas. El ejemplar que el profesor Clarkdale tuvo aquella mañana sobre la mesa de los Hobbs era pequeño, pero los que habían atacado a las vacas tenían la alzada de un niño de seis años.

Aquellas extrañas plantas se estaban desarrollando a un ritmo increíble. La perdigonada, aunque derribó al monstruo, no pareció afectarle en alguna parte vital.

¡El bicho volvió a enderezarse!

Hilda, extremadamente pálida, cogió la escopeta por el cañón preparándose para rechazar el ataque del monstruo. Billy Arnold intervino en este momento cargando contra el bicho a bayoneta calada…

El encuentro entre el hombre y la planta tuvo lugar a menos de un par de metros de la aterrada Hilda. La bayoneta de Billy se clavó

en el cuerpo no demasiado duro del monstruo. Billy tiró hacia arriba...

La planta, ensartada en la bayoneta, fue levantada en vilo y quedó arriba agitando furiosamente sus patas. Billy la tiró al suelo. La planta se salió de la bayoneta y rodó por el césped. El periodista levantó perpendicularmente el fusil y lo dejó caer con todas sus fuerzas...

El monstruo quedó clavado al suelo, moviendo impotente sus leñosas patas.

James Hobbs llegó en este momento galopando como un centauro, detuvo en seco su montura y desmontó de un salto esgrimiendo su viejo sable de caballería.

Peter acababa de acertar con un golpe de culata al monstruo vegetal que seguía agarrado a una pata de la asustada res.

Por una causa u otra, el bicho soltó su presa y brincó en el suelo. Peter Hobbs retrocedió para apuntar su fusil desde alguna distancia, pero el monstruo no le dio tregua y se arrojó sobre él agarrándose a una de sus piernas.

Peter rodó soltando un aullido de dolor, confundido con el bicho que se abrazaba a él como si de la fuerza de su abrazo dependiera su vida...

—¡Espera, hijo, voy...! —gritó James Hobbs con voz trémula.

James corrió en efecto en ayuda del apurado Peter. El bicho se había subido al pecho de éste y le rodeaba con sus sarmentosas patas. Peter volvió a soltar un terrible grito de dolor al sentir cómo un aguijón se le clavaba en la espalda.

James Hobbs tiró un tajo de sable sobre el bicho, aun a riesgo de herir a Peter. El segundo tajo, más fuerte todavía, casi partió en dos al monstruo vegetal. Este aflojó la presa de sus sarmentosas patas y se agitó convulsivamente al caer al suelo. Hilda llegó y agarró a Peter por un brazo arrastrándole lejos del monstruo.

Poseído de destructora furia, James Hobbs siguió descargando golpes con el sable hasta que dejó la planta hecha pedazos.

—¡Aquí, señor Hobbs, venga con el sable! —gritó Arnold mientras sostenía el fusil apretado contra tierra, teniendo al bicho ensartado en la bayoneta.

Pero Hobbs no acudió en seguida, sino que antes corrió hasta su hijo para cerciorarse que se encontraba bien.

—No tengo nada... sólo mucho dolor en la espalda donde ese condenado bicho me clavó su aguijón. Dame el sable —dijo Peter furioso arrebatando el arma de la mano de su asustado padre.

Peter acudió corriendo al lado de Arnold. Media docena de sablazos dejaron al monstruo convertido en una masa informe que todavía se agitaba con estremecimientos convulsivos.

Al detenerse Peter jadeando, James y Hilda acudieron a rodear

al monstruoso ser que agonizaba en cada uno de los pedazos en que lo había partido el sable.

Hilda se cubrió el rostro con las manos y se volvió de espaldas.

—¡Es horrible... horrible! —exclamó ronca.

Los tres hombres cruzaron una mirada entre sí.

La señora Hobbs salió por la puerta de la cocina y dijo desde la galena:

—Vayan a lavarse las manos y vengan a comer. La sopa se enfría en la mesa.

—¡Nora! —exclamó James Hobbs —. ¿Así que has vuelto?

—La esposa de un granjero no puede inhibirse de ciertas obligaciones —repuso la mujer con sencillez —. Alguien tendrá que ocuparse de vuestras comidas mientras estáis fuera guardando el ganado. Además, ya no hay diferencia entre quedarse en la ciudad o volver a casa, con todas esas alimañas haciendo de las suyas por ahí.

—Me habría sentido más tranquilo si te hubieses quedado en la ciudad —dijo Hobbs visiblemente emocionado —. Gracias de todos modos por haber venido.

Hilda desmontó allí mismo y entró en la cocina para ayudar a la señora Hobbs, en tanto que los hombres iban a desensillar los caballos.

Poco después, Billy Arnold se encontraba con la familia Hobbs sentado ante la mesa donde humeaba la sopa. La radio iba a dar su boletín de noticias y todos escucharon con atención.

Dijo el locutor de radio:

"He aquí el boletín informativo. Durante la tarde de hoy, divisiones aerotransportadas del Ejército y tropas paracaidistas, fueron trasladadas rápidamente al teatro de operaciones en los alrededores de los lagos Crescent, Lochloosa, Orange y George al norte de la Florida. En el lago Okeechobee. Al sur, aviones de la Marina arrojaron más de un centenar de bombas "Napaim" sobre una zona boscosa que ardió completamente. Las patrullas exploradoras habían anunciado que la concentración de seres vegetales era particularmente densa en los parajes bombardeados por la Marina.

"En el lago Istokpoga, donde un batallón de Infantería de Marina fue trasladado rápidamente, los "marines" se encontraron con monstruos cuya corpulencia sobrepasaba a la de un niño de cinco años. Debido a la precipitación del traslado, así como al desconocimiento del enemigo con quien iban a enfrentarse, los "marines" no iban preparados para entablar combate con estos extraños seres. Los monstruos vegetales demostraron ser inmunes a las balas en la práctica, aunque varias docenas de ellos fueron destruidos con granadas de mano. Los "marines" arremetieron finalmente a la bayoneta contra los monstruos, viéndose obligados a buscar al

enemigo uno por uno en lo más frondoso del bosque.

"En Invernes, donde dos niños de corta edad desaparecieron de una granja, la población civil se unió a fuerzas de la policía para dar una batida en los alrededores del lago. Los ciudadanos encontraron restos de ropas que el angustiado padre reconoció como pertenecientes a los vestidos de sus desaparecidos hijos. No fue posible encontrar a los niños, pero los ciudadanos encontraron más de un centenar de monstruos vegetales contra los que arremetieron manejando viejos sables de caballería, guadañas y machetes.

"Mientras tanto, el platillo volante que en la madrugada de ayer cayó en Lake Harney, sigue siendo estudiado por nuestros técnicos, sin que hasta el momento se haya registrado actividad alguna que denote la existencia de tripulantes vivos en su interior.

"Las Fuerzas Aéreas, después de repetidos intentos, consiguieron esta tarde apresar el globo en una red de acero. En estos momentos, la misteriosa esfera cuyo peso se calcula en varias toneladas, está siendo remolcada por camiones especiales en dirección al mar, donde unidades pesadas de la Marina de Guerra tomarán el cable para remolcar el globo a gran distancia en dirección al Atlántico central.

"El Gobierno de los Estados Unidos y el Departamento de Defensa, considerando la gravedad de la situación, se disponen a enviar a la Florida las tropas acantonadas en diversos puntos de la nación. A este efecto y estimando de la máxima urgencia exterminar al invasor que nos acecha, el gobierno ha decretado la incautación de todos los aviones pertenecientes a las líneas aéreas y entidades particulares, acelerando el transporte de las tropas hacia el aterrorizado estado de Florida.

"El gobierno, además, dicta instrucciones para la población civil. Se recomienda a las amas de casa que tengan herméticamente cerradas puertas y ventanas, no perdiendo en ningún momento de vista a los niños. Estas precauciones, deberán observarse especialmente en las granjas rurales, sobre todo si han sido vistos abejorros plateados volando por las inmediaciones.

"El gobierno, por último, invita a la población civil a colaborar con las fuerzas armadas y de policía para un más rápido aniquilamiento de los invasores. Los monstruos vegetales están desarrollándose con una rapidez increíble. Dentro de cuarenta y ocho horas, estas criaturas pueden haber alcanzado la talla de un hombre, centuplicando su peligrosidad a causa de su extraordinaria fuerza y su insaciable voracidad.

"A los efectos de combatir estas alimañas, se hace saber que la mejor arma para destruirlas consiste en los conocidos "cókteles" de Molotov. Un remedio eficaz consiste en quitar la cápsula de una

bombilla eléctrica, llenándola con petróleo y cerrándola con un tapón de corcho. En caso de tener que defenderse de una de estas alimañas vegetales, debe lanzarse la bombilla con fuerza contra el monstruo, a fin de, al romper el recipiente, empapar de petróleo el cuerpo de la alimaña. Una antorcha que siempre debe mantenerse encendida, aplicada o arrojada contra el monstruo, dará buena cuenta de él en pocos instantes.

"El público debe tener en cuenta estas instrucciones, así como no olvidar la urgencia de aniquilar al invasor. Nuestros hombres de ciencia temen que después de alcanzar determinado tamaño, cada criatura vegetal adulta puede desprender de sí cierto número de esporas que a su vez germinarían en otros tantos monstruos como los que tratamos de destruir. Si permitiéramos a estas rarezas de la naturaleza multiplicarse, el fin del hombre estaría irremisiblemente sellado, no sólo para los americanos, sino también en el mundo entero."

Al terminar el locutor de dar su boletín de noticias, James Hobbs empujó su plato hacia el centro de la mesa refunfuñando:

—Me estropeó la comida ese condenado locutor.

En el resto de la familia fue de notar idéntica y repentina desgana. El propio Arnold no pudo evitar cierto desagradable peso en el estómago que terminó en un instante con su apetito.

Las mujeres empezaron a retirar los platos de la mesa. Billy se ofreció a ayudar en el fregadero.

Dijo James Hobbs sacando su vieja pipa:

—Deje eso para las mujeres, muchacho. Aquí todavía no ha llegado esa relajación de costumbres que ataca especialmente a las grandes ciudades. Vamos a fumar a la galería.

Los tres hombres salieron.

Sentados en los escalones de la galería, ellos guardaron silencio mientras veían extinguirse las últimas luces del día.

Allá en el cielo, el misterioso globo brillaba como una lámpara suspendida del espacio color violeta. En la tierra y alrededor del lago reinaban la paz y la calma. Contrastaba la tranquilidad de este anochecer con la agitación febril de la tarde anterior.

Los escasos soldados que allí quedaban estaban comiendo a la luz de las lámparas de petróleo de sus tiendas. El "platillo volante" era una mancha blanca varada en la playa del lago.

Dijo Peter Hobbs después de prolongado silencio:

—¿Creen que habrá alguien dentro del platillo volante?

Arnold contestó bostezando:

—Si hay alguien se hace mucho de desear. Bueno, creo que voy a tener que coger el auto para volver a Sanford.

—¿Para qué? —gruñó el viejo Hobbs —. Puede dormir con

Peter. La cama es ancha.

Billy no sentía el menor deseo de viajar hasta Sanford. Aceptó complacido.

Peter le acompañó hasta la habitación.

—Supongo que no traería pijama —dijo Peter abriendo un cajón de la cómoda —. Le prestaré uno de los míos. No soy tan alto como usted, pero no va a exhibirse en pijama, después de todo.

—Eso espero —dijo Billy riendo.

—Acuéstese ya si quiere. Yo todavía he de ir a echar el pienso a los caballos.

Billy no oyó el regreso de Peter. Para entonces había quedado dormido con la lámpara encendida.

Durmió con sueño pesado las primeras horas. Luego, repentinamente despertó sin que al parecer existiera razón para ello. Había escuchado un grito, pero esto seguramente había sido en sueños...

De pronto el grito se repitió, ahora con acentos de mortal agonía. Luego, una ametralladora tableteó, y el silencio de la noche se pobló de gritos de alarma, tiros y rumor de carreras.

Un solo pensamiento acudió a la mente de Arnold: ¡El platillo volante!

.

CAPITULO IX.

.

La habitación estaba a oscuras y mientras buscaba el cordón de la lámpara, tropezó con ella y la tiró al suelo.

Fuera, un par de "metralletas" tableteaban furiosamente. Una voz gritó:

—¡Por allí, se metió entre los árboles!

Peter rebulló y refunfuñó en la oscuridad. La luz se hizo de pronto en la habitación al pulsar Peter la perilla que colgaba de la cabecera de la cama. Arnold, de pie en el centro de la habitación, parpadeó un instante deslumbrado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué escándalo es ése? —dijo Peter incorporándose.

—No lo sé. Algo ocurre ahí fuera.

Billy se abalanzó hacia la puerta. En el momento de asomar al corredor, una puerta se abrió y James Hobbs asomó en camisa de dormir. Hobbs, que tenía entre manos la escopeta, preguntó también: "¿Qué ocurre?"

Arnold paso ante Hobbs sin contestar, abrió la puerta del comedor y lo cruzó a la escasa luz que llegaba del pasillo. Salió a la galería.

Todo el campamento se había puesto en conmoción. Aquí y

allá se encendían las lámparas de petróleo, brillaban las linternas eléctricas y se veía pasar sombras arriba y abajo. De nuevo la ametralladora tableteó, a la derecha, entre los oscuros cipreses cuyas raíces se hundían en las aguas del lago.

Peter Hobbs apareció en pijama al lado de Billy. Empuñaba su rifle.

Un hombre pasaba corriendo ante la galería, alumbrándose con una linterna eléctrica.

—¡Oiga! ¿Qué ocurre? —gritó Peter.

El hombre, un soldado, contestó sin dejar de correr:

—Alguien salió del platillo volante y asesinó al centinela.

—¡Zambomba! —exclamó Peter.

Billy saltó de la galería al patio y echó a correr con los pies desnudos en dirección al lago.

Aquella tarde, los soldados habían rodeado la parte de la playa donde descansaba el platillo volante con una alambrada de espino, dejando una abertura para facilitar el paso de los operarios que trabajaban en la portezuela de la máquina. Un pequeño grupo de hombres rodeaban un bulto que yacía en tierra.

Aun antes de llegar hasta el grupo, Arnold reconoció la voz crispada del general Buckeye.

—¡Su negligencia es imperdonable, capitán Forrest! ¿A quién se le ocurre dejar un centinela solo? ¡No, no pierda el tiempo en buscar excusas! ¡Vaya y ocúpese de que ese hombre no escape!

Gruñendo, Forrest se separó del grupo cuando Arnold llegaba.

—¿Qué pasó? —inquirió Billy —. ¿Es cierto que un hombre salió de la máquina y mató al centinela?

—Veálo usted mismo —repuso Buckeye secamente señalando el bulto que yacía a sus pies —. Quien quiera que fuese el que salió del platillo, le rompió el cuello al centinela y escapó.

Una linterna alumbró el cadáver del soldado que yacía de bruces en el suelo.

—¿Pero saben si alguien salió de la máquina? —insistió Billy en su deseo de puntualizar bien cada cosa —. ¿Le vio alguien salir?

Un soldado que llevaba una lámpara de petróleo en la mano señaló con ella en dirección al platillo volante.

—La escotilla del aparato está abierta. Yo me encontraba allá en la tienda cuando Mike gritó. No puedo decir que viera a nadie saliendo del platillo volante, pero cuando acudía corriendo, alguien me dio una trompada y me tiró al suelo. No era un hombre.

—¿Qué era, pues?

—No lo sé. No era un hombre.

—Déme esa lámpara.

Arnold arrancó la lámpara de manos del soldado y echó a

andar en dirección al platillo volante. Unos pasos rápidos sonaron detrás de Billy, escuchándose a continuación la voz de Buckeye que decía:

—Cuidado, Arnold, no sea temerario. Alguien más puede salir por esa escotilla. Déjeme a mí pasar delante. Estoy armado.

El general Buckeye se puso al lado de Billy empuñando una pistola ametralladora.

La escotilla del platillo volante aparecía abierta, tal como el soldado indicó. Abierta hacia dentro. Arnold se detuvo junto al redondo y siniestro agujero. Levantó la lámpara y arrojó la luz dentro…

Arnold no pudo decir que viera lo que había en el interior del platillo volante. Un ojo enorme, redondo, formado de múltiples hexágonos, fosforeció en el interior de la máquina. Arnold presintió más que vio el momento en que alguien se iba a arrojar sobre él.

—¡Cuidado! —gritó pegando un brinco de costado. Algo salió lanzado por la escotilla, cayó sobre Buckeye y le derribó al suelo.

Buckeye lanzó un grito ahogado.

El extraño ser brotado de las entrañas de la máquina se incorporó de un brinco y echó a correr…

Fue puro instinto de Arnold enarbolar la lámpara y arrojarla con toda su fuerza contra las espaldas del ser que huía. La lámpara alcanzó de lleno a la extraña criatura, el petróleo se derramó…

Un sobrenatural sonido, mezcla de lamento y rugido, hizo poner de punta los pelos de Billy Arnold. La monstruosa criatura, convertida en llameante antorcha, corrió de un lado a otro lanzando aullidos terroríficos. Su loca carrera le llevó a lanzarse sobre la alambrada de espinos que los soldados habían puesto alrededor del platillo volante… El monstruo quedó atrapado en el enredijo de alambre de púas, ardiendo como una tea y soltando lamentos que dejaron mudos, inmóviles y aterrorizados a los soldados que presenciaban aquella horripilante escena. Después de contorsionarse, finalmente, la criatura extraterrestre dejó de gritar. Todavía sus manos sarmentosas se retorcieron desesperadamente durante un rato, fue una horrible agonía.

Cuando el monstruoso ser quedó por fin reducido a una negra pavesa que humeaba, los hombres se miraron unos a otros con ojos alucinados.

Solamente entonces se acordó Billy del general Buckeye. Pero el propio Buckeye estaba tras él contemplando la agonía del monstruo, por lo que la pregunta de Arnold era superflua.

—¿Se encuentra bien, general?

—Sí. ¡Oh, sí, gracias! Arnold, eso… ¿no era un hombre, verdad?

—Al menos no era un hombre como nosotros, mi general.

Buckeye aspiró profundamente el aire. Luego gritó colérico:

—¡Soldados, no se estén quietos ahí! Puede haber otros tripulantes dentro de esa condenada máquina. ¡Vengan con las ametralladoras!

Un tropel de soldados pasó por la brecha de la alambrada y se acercó donde el general y Arnold se encontraban.

—Las balas pueden ser inútiles para esos individuos —dijo el general —. Traigan un lanzallamas también. ¡Pronto, un lanzallamas!

Los soldados iban de un lado a otro desconcertados. Alguien salió corriendo en busca del lanzallamas. Mientras tanto dijo Buckeye:

—También podemos arrojar botellas de gasolina y bombas de mano dentro de la máquina. Si queda alguien allí, eso le obligará a salir.

Los soldados guardaron silencio mientras esperaban que llegara el hombre con el lanzallamas. Fue en este silencio cuando de pronto se escuchó el sonoro estampido de dos disparos de escopeta.

Se produjo un movimiento general de cabezas volviéndose en dirección de donde habían sonado los disparos.

—Ha sido en la granja —dijo una voz. Un grito agudo de mujer resonó en la noche con acentos del más desesperado terror.

En un segundo cruzó por la mente de Billy Arnold la visión de una señora Hobbs o una Hilda aterrorizadas, acorraladas por un monstruo que avanzaba dispuesto a estrangularlas…

—Dios mío —murmuró con voz entrecortada. Bruscamente arrancó a la carrera hacia la puerta de la alambrada. Allí chocó violentamente contra un hombre que venía también corriendo en opuesta dirección.

Arnold quedó de pie, pero el hombre que le había embestido y cierto bulto que llevaba en las manos rodaron por el suelo a sus pies. Arnold iba a saltar sobre ambos cuando reconoció el bulto que yacía junto a la alambrada. Era un equipo lanzallamas. Billy los conocía bien por haberlos utilizado durante la guerra.

Como un relámpago, en una segunda visión, Arnold volvió a ver el monstruo convertido en llameante antorcha. La escopeta del viejo Hobbs, con toda certeza, habría sido inútil para detener la alucinante criatura que le atacaba.

Billy se inclinó, agarró el equipo lanzallamas por las correas y echó a correr por el prado en dirección a la casa.

Otros hombres corrían también en aquella dirección.

Dentro de la casa volvieron a sonar gritos espeluznantes de mujer. A la luz de las linternas enfocadas hacia allí, Billy alcanzó a ver a Peter Hobbs que cruzaba de un brinco la galería y se precipitaba dentro de la casa.

Apenas acababa de desaparecer Peter por la puerta principal, cuando la ventana de la cocina se iluminó de pronto. Hilda Hobbs asomó a la ventana y gritó:

—¡Peter, socorro... soco!...

Un largo brazo sarmentoso apareció por detrás de la muchacha y se dobló sobre su garganta. Arnold alcanzó a ver una enorme cabezota y un único ojo colorado formado al parecer por múltiples hexágonos.

Hilda desapareció de la ventana, arrastrada por una fuerza hercúlea que puso de punta los cabellos de Arnold.

Dos brincos llevaron a Billy a través de la galería hasta la puerta de la cocina. Entró al mismo tiempo que Peter lo hacía por el corredor, y se detuvo como él al ver la misma escena.

Un gigantesco monstruo de dos y medio metros de estatura tenía arrinconada a Hilda contra la mesa y le apretaba con ambas manos la garganta...

Peter lanzó un grito terrible arrojándose valientemente, rifle en alto, sobre las espaldas del monstruoso ser.

El golpe de Peter en la cabeza del monstruo fue formidable, tan fuerte que el rifle se partió en dos pedazos por la culata. Peter iba a saltar sobre las espaldas del monstruo cuando éste se volvió bruscamente soltando a Hilda para hacer frente a su nuevo enemigo.

—¡Atrás, Peter! —gritó Arnold desde la puerta preparando el lanzallamas —. ¡Atrás!

Peter había quedado como clavado ante la horrible apariencia de aquel espeluznante ser. El monstruo hizo silbar en el aire uno de sus largos y leñosos brazos, alcanzando a Peter en la cara y tirándole con fuerza brutal contra la puerta del corredor.

Arnold entró en la cocina corriendo por detrás del monstruo, porque en la posición que se encontraba, desde la puerta de la cocina, no podía lanzar el chorro ígneo del lanzallamas sobre el bicho sin alcanzar también a Hilda.

La muchacha, que vestía camisa de dormir, se incorporó sobre la mesa donde había quedado tendida. Arnold se puso a su lado, dio media vuelta brusca y levantó la manguera del lanzallamas...

El monstruo volvió hacia él su único, enorme y aterrador ojo. Hizo un movimiento de avance con sus garras sarmentosas engarfiadas...

Arnold soltó el chorro del lanzallamas. Era peligroso hacerlo a tan corta distancia, y en efecto, una ola de calor le abrasó el rostro cuando la manga de líquido ardiente bañó al monstruo de pies a cabeza.

Un lamento horrible brotó de la hendidura que parecía ser la boca de aquella criatura. El monstruo dio media vuelta y se lanzó a

ciegas contra la pared. No encontró la puerta en el primer intento, y el muro se empapó del líquido ígneo empezando a echar llamas.

En el segundo intento, el monstruo golpeó en el marco de la puerta, cruzó la galería dando traspiés y cayó abajo rodando por el césped convertido en una hoguera.

La pared donde el monstruo tropezó y el marco de la puerta empezaron a arder. La cocina de los Hobbs se había convertido en un horno.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —gritó Arnold a Hilda.

La muchacha parecía reaccionar con demasiada lentitud. Billy la asió brutalmente por un brazo, y tirando del lanzallamas con la mano libre la empujó hacia la puerta del comedor.

Varios soldados acababan de aparecer en esta puerta. Ellos recogieron del piso al semiinconsciente Peter y lo arrastraron hasta el centro del comedor. Arnold salió detrás llevando a Hilda. James Hobbs yacía sin sentido en el piso. Un sargento le practicaba la respiración artificial mientras la señora Hobbs pegaba gritos aterradores.

—Hay que apagar ese fuego —dijo Arnold a Forrest, que en algún momento de la persecución había llegado hasta la casa.

El capitán asintió.

¡No se estén quietos ahí! —gritó a los soldados —. Pronto, vayan en busca de extintores. Traigan cubos... agua... lo que sea. Hay que atajar ese fuego o arderá toda la casa.

El tropel de soldados que salía casi arrolló a Buckeye cuando éste se disponía a entrar. En el suelo, James Hobbs empezaba a dar señales de vida. La señora Hobbs y su hija sollozaban histéricamente confundidas en estrecho abrazo.

Forrest dijo con acento de disculpa:

—El tripulante del platillo volante nos engañó. Nos hizo creer que huía entre los árboles, nos eludió en la oscuridad y dio una vuelta para llegar a la casa por la parte de atrás.

—Entró por la ventana de nuestra habitación —gimió la señora Hobbs entre sollozos —. La hundió de un empujón. James disparó contra él a quemarropa, pero no logró detenerlo. El monstruo se arrojó sobre él y los dos entablaron una lucha cuerpo a cuerpo. Hilda acudió. El monstruo se arrojó contra ella y Hilda huyó hacia la cocina perseguida por ese horrible bicho... ¡Dios mío, fue horrible!

—Ahora ya pasó todo, señor Hobbs. Y veo que todos ustedes se encuentran bien, por fortuna —dijo Buckeye.

—¡Ojalá no tengamos más disgustos por culpa de ese platillo volante! —dijo la mujer entrecortadamente.

Peter, sentado en una silla, se tentaba el cuello dolorido. Hilda, por primera vez, pareció darse cuenta de que estaba en camisa de

dormir y desapareció sin decir nada en su habitación.

Los soldados volvieron con extintores sacados de los camiones y pasaron por el comedor para apagar el fuego de la cocina. La casa estaba llena de humo cuando Hilda volvió a aparecer, vestida como de costumbre con sus viejas ropas masculinas.

El capitán Forrest volvió anunciando que el fuego estaba apagado.

Un soldado entró precipitadamente en la casa y anunció:

—¡El platillo volante! ¡Va a estallar!

Todos quedaron como electrizados. Buckeye lanzó una maldición y se precipitó hacia la puerta. Billy Arnold le siguió...

Lo que los dos vieron los dejó paralizados de asombro.

El platillo volante era un ascua roja que se iba encendiendo más y más, irradiando en rededor resplandeciente luz acompañada de tórrido calor. Un fuego interior parecía arder silenciosamente, calentándolo de forma tal que pasó del rojo al anaranjado y de éste al blanco amarillo.

La luz era tan potente, tan abrasador el calor que irradiaba de él, que obligó a Buckeye y a Billy Arnold a cubrirse el rostro con los brazos y retroceder para volver al interior de la casa.

—¡Dios bendito, esto es el fin del mundo! —gimió la señora Hobbs aterrada.

La luz, aun dentro de la casa, era tan deslumbradora que obligó a todos a entrecerrar los ojos. De pronto, un sonido aterrador llegó hasta el silencioso y amedrentado grupo de personas. Era un ruido raro, como de un huevo friéndose en una sartén...

Billy, aún a riesgo de quedar ciego, no pudo contener su insaciable curiosidad profesional. Corrió a la ventana, miró a través de las hojas de la persiana y exclamó:

—¡Es el agua del lago que hierve alrededor del platillo volante!

—¡Estallará! —Sollozó la señora Hobbs —. ¡Y nos arrasará a todos!

Nadie pronunció palabra. Arnold, incapaz de soportar por más tiempo el enceguecedor resplandor, dejó caer la persiana y se volvió hacia Hilda Hobbs. El bello rostro de la muchacha parecía blanco bajo aquella potente luz. Arnold había visto una luz semejante cierta vez que fue invitado a presenciar la prueba de una bomba atómica en el desierto de Nevada. Sólo esperó, aunque no lo creía posible, que esta luz fuese menos peligrosa que aquélla.

Probablemente, se dijo, estaban siendo bombardeados por un invisible chorro de partículas radiactivas. Si esto era así, ninguno de los que allí estaban se salvaría.

—Hilda —dijo Billy de pronto inclinándose sobre la chica —. Ocurra lo que ocurra, quiero que sepa una cosa. La amo. Me hubiera

gustado mucho casarme con usted y llevarla conmigo a Nueva York…

Hilda no dijo nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Billy le tendió los brazos y ella se arrojó entre ellos ocultando su cabecita en el pecho de él.

Arnold se sintió revestido de pronto de un extraordinario valor frente a la muerte. Cerró los ojos, esperando el momento fatal en que sobrevendría la explosión atómica…

No hubo explosión.

—¡Oigan, el fuego se está apagando! —gritó de pronto una voz.

Arnold abrió sus ojos sorprendidos. Parecía imposible, y sin embargo era cierto que el brillante resplandor disminuía con tanta rapidez como empezó a aumentar.

De nuevo Buckeye se lanzó hacia la puerta. Arnold, sin soltar a Hilda Hobbs, entreabrió las hojas de la persiana.

Allá junto al lago, una masa informe de metal fundido pasaba del amarillo blanco al anaranjado y de éste al rojo… El platillo volante era sólo un charco de metal fundido en el suelo. Del lago, a donde se había escurrido el metal en fusión, se elevaban densas nubes de vapor como la noche que la máquina interplanetaria se zambulló en el agua. El agua del lago estaría probablemente caliente ahora, pero el peligro de una explosión era seguro que había pasado.

—¡Billy, estamos vivos! —exclamó Hilda con acento de la más viva sorpresa.

—Sí, amor mío —dijo Arnold con voz ronca —. No comprendo cómo ha ocurrido esto, pero estamos vivos. Estoy seguro de haber conocido en esa luz blanca el mismo resplandor que produce una explosión atómica, y sin embargo… ¿quién sabe? Es posible que los seres que nos visitan desde otras estrellas lejanas hayan alcanzado en su progreso la ciencia que les permite escindir el átomo sin explosiones violentas… sin ruido… tal vez eliminando las mortales radiaciones de nuestras primitivas y bárbaras desintegraciones atómicas.

—¿Qué importa eso? —dijo Hilda Hobbs con su sencilla lógica femenina —. Estamos vivos, y eso es lo único verdaderamente importante. Vivos y juntos… Billy, repíteme lo que dijiste antes.

—Te amo. Dios, por su propia mano, debió realizar este milagro para no privarme de la dicha de vivir unos años a tu lado. Bueno, en realidad… tú no contestaste a mi pregunta.

—¿Pero hiciste una pregunta?

—Te la haré ahora. ¿Querrás casarte conmigo?

Ella le ofreció sus labios, que Arnold besó con fruición extraterrena. Los habían dejado solos. Todos, incluso la asustada señora Hobbs, habían salido fuera para presenciar el final de aquel

inexplicable fenómeno.

Un motor de aviación se dejó oír en la distancia y se aproximó a la granja con rapidez. Billy e Hilda salieron a la galería para presenciar, enlazados por la cintura, el aterrizaje del helicóptero de la Marina. El hombre que saltó del helicóptero y corrió al encuentro de Buckeye era Alben Grun.

Dijo Grun, al cesar el ruido del motor, tan alto que todos pudieron oírlo:

—Ha ocurrido algo sorprendente, general. Poco antes que el platillo volante empezara a fundirse aquí, el globo que remolcábamos rompió las amarras y se remontó en el espacio. Fue tan fuerte su tirón, que una de las amarras que no se rompió se llevó por los aires un camión de veinte toneladas. Los conductores, por fortuna, tuvieron tiempo de tirarse a tierra.

—¿De veras? —murmuró Buckeye con entonación especial. Guardó silencio, acariciándose el mentón —. Bueno, Grun. Realmente, no sé si debemos lamentarlo o alegrarnos de ello. El platillo volante se autodestruyó aquí y el globo, probablemente, habrá salido ya del campo de atracción terrestre... lo cual quiere decir que no lo volveremos a ver. Algún dispositivo automático en el platillo volante debió transmitir al globo la orden de escapar.

—Algo así pensaba yo cuando vi desde el aire como se fundía ese platillo volante. Nunca sabremos si había tripulantes vivos o muertos dentro de él.

—¡Oh, los había! Y estaban bien vivos cuando el señor Arnold los achicharró, se lo aseguro. Al primero lo abrasó con una lámpara de petróleo. Y al otro lo coció utilizando un lanzallamas. Creo que vamos a tener que condecorar a ese muchacho...

—¡Cáspita! —exclamó Grun —. Es muy sorprendente todo lo ocurrido.

—Ya lo creo, Grun. Pero ahora todo parece haber terminado. Si conseguimos exterminar al último de esos monstruos vegetales que germinaron de las esporas, podremos decir que el incidente terminó felizmente para nosotros. La invasión de los Hombres Planta fracasó...

Buckeye guardó un minuto de silencio. Luego continuó levantando los ojos hacia las estrellas que rutilantes tachonaban el cielo de la Florida.

—Fracasó, al menos por esta vez. Pero sabemos que allá arriba, en algún punto del infinito universo, las estrellas nos amenazan. Lo que ha ocurrido hoy aquí pudiera ser un preludio de cosas peores que nos aguardan. Eso quiere decir que debemos estar prevenidos. Y si es posible, en condiciones de repeler una nueva invasión cuando ésta se produzca. Por eso es más importante ahora que nunca que nos esforcemos en perfeccionar nuevos vehículos espaciales. Porque con

un conocimiento mejor de las condiciones de vida reinantes en otros planetas, estaremos mejor preparados para comprender el sentido del aviso que acabamos de recibir. Y porque de cualquier forma, los millones y esfuerzos que invirtamos en perfeccionar nuestras máquinas, acabarán por darnos a la larga el dominio del espacio exterior que todavía nos es desconocido. Nuestro trabajo no termina, sino que comienza aquí. Al menos, el suyo y el mío. Los soldados se encargarán de aniquilar a esas monstruosidades vegetales. Usted y yo vamos a volver a Cabo Cañaveral. Vamos a repasar los datos y tratar de averiguar lo que funcionó mal en el "Saturno". Probar y volver a probar Grun, ése es nuestro trabajo. El "Saturno" debe llegar a la Luna. Y luego... más lejos.

Buckeye se volvió hacia los Hobbs. Hizo un ademán de despedida y siguió a Grun hasta el helicóptero. Pero todavía, antes de desaparecer en la portezuela, se volvió para decir a Billy:

—No deje de venir a presenciar la próxima prueba del "Saturno", Arnold. La próxima vez vamos a hacerlo llegar a la Luna.

—Yo estaré en la Luna mucho antes que ustedes pongan su chisme en órbita —contestó Arnold cuando el helicóptero ponía en marcha el motor.

—¿Cómo? —gritó Buckeye poniendo la mano tras el pabellón del oído.

—¡Que voy a estar en la luna de miel una temporada! —gritó Arnold a todo pulmón.

—¡Ah, bueno! —contestó Buckeye también a gritos, y asintió. Ya iba a entrar en la carlinga, cuando otra vez se volvió —. ¿Con quién?

Arnold señaló con el dedo a Hilda Hobbs, que toda ruborizada estaba junto a él.

Buckeye sonrió y asintió con enérgicos movimientos de cabeza. El motor del helicóptero dejó oír su bramido. El general levantó una mano cruzando el dedo corazón sobre el índice. "Suerte". Entró en la cabina. El helicóptero despegó.

Billy Arnold se inclinó sobre los labios de Hilda. Mientras la estrechaba en sus brazos, bajo la complacida mirada de los Hobbs, el periodista mantenía cruzados los dedos a la espalda de la dulce novia. "Suerte".

F I N